

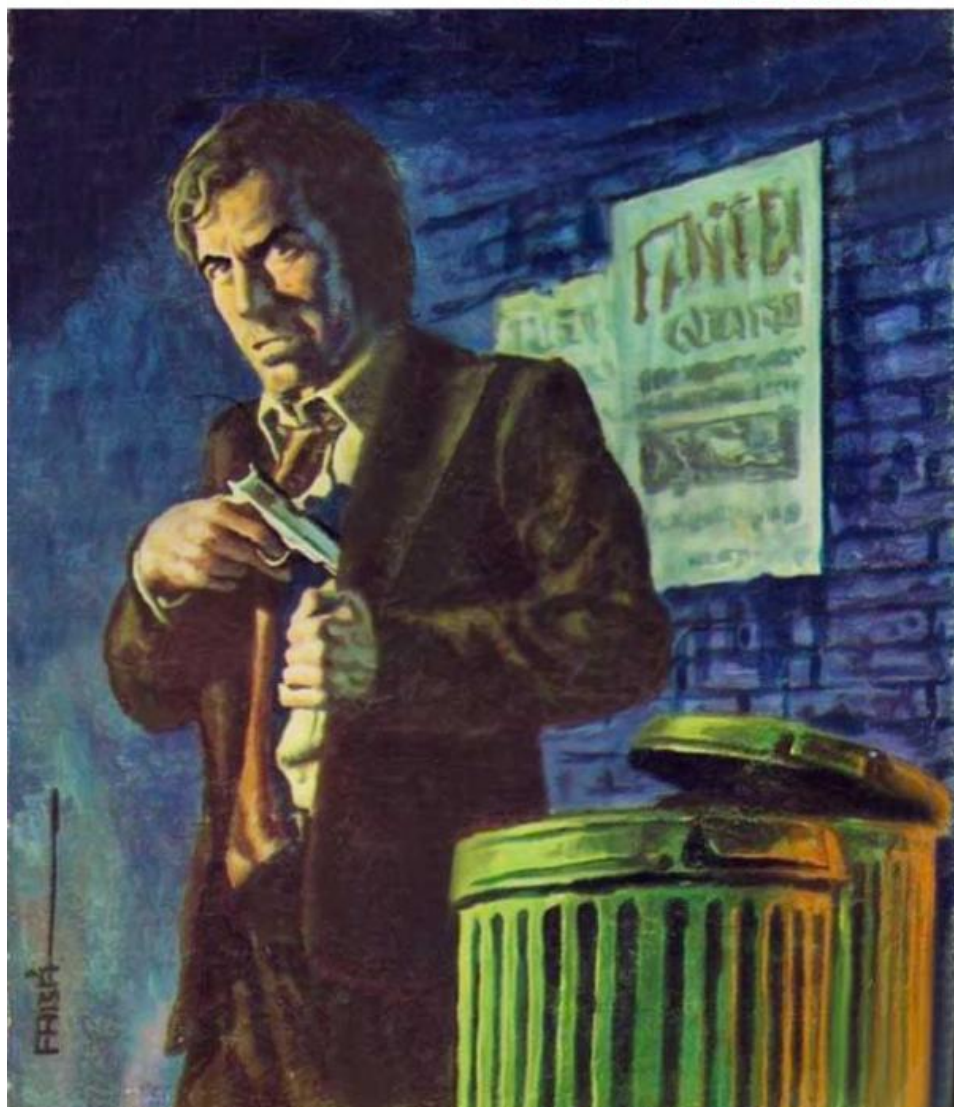
BOSSLIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

primer premio: una fosa

KEITH LUGER



Lou Bates creía que se volvería loco de un momento a otro. Otra vez estaba cantando la huésped de al lado, y siempre entonaba la misma canción. Lou se había aprendido ya la letra. Empezaba así: «Ya llegó la primavera y lo sé porque hueles como las flores».

No pudo resistirlo más. Salió de la habitación y fue a la vecina. Dejó caer el puño sobre la puerta y se asustó porque estuvo a punto de atravesar la madera.

En el interior dejaron de cantar. Se oyeron pasos rápidos, y al fin, la puerta se abrió.

Lou había ya abierto la boca para soltar su retahíla de palabras, pero se quedó pasmado al ver la preciosidad que había en el hueco.

Era una joven de unos veinte años, rubia, de rostro bello, y cuerpo que podía haber optado al título de *Miss Universo*.

Próxima aventura de Duke Martin y Lou Bates, del mismo autor, que esta Editorial publicará con el título: *Yo llenaré ese ataúd*. Número: SeSe 1332.



Keith Luger

Primer premio: una fosa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1323

Saga: Duke Martin y Lou Bates - 1

ePub r1.1

Lds 12.03.20

Título original: *Primer premio: una fosa*

Keith Luger, 1975

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Lou Bates creía que se volvería loco de un momento a otro. Otra vez estaba cantando la huésped de al lado, y siempre entonaba la misma canción. Lou se había aprendido ya la letra. Empezaba así: «Ya llegó la primavera y lo sé porque hueles como las flores».

No pudo resistirlo más. Salió de la habitación y fue a la vecina. Dejó caer el puño sobre la puerta y se asustó porque estuvo a punto de atravesar la madera.

En el interior dejaron de cantar. Se oyeron pasos rápidos, y al fin, la puerta se abrió.

Lou había ya abierto la boca para soltar su retahíla de palabras, pero se quedó pasmado al ver la preciosidad que había en el hueco.

Era una joven de unos veinte años, rubia, de rostro bello, y cuerpo que podía haber optado al título de *Miss Universo*.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó la bella.

—Perdón, señorita. Se trata de mis tímpanos.

—¿Qué les pasa a sus tímpanos?

—Los tengo doloridos.

—Seguramente es que bebió demasiado.

—Sí, seguramente —dijo Lou batiéndose en retirada.

—Debe cuidarse. Uno de mis numerosos tíos empezó con los mismos síntomas. El alcohol le perjudicaba el oído, y eso le producía mareos. Bien mirado, también es una ventaja. Bebía un *whisky* el 4 de julio y estaba alegre hasta la Navidad... Visite al doctor cuanto antes, es mi consejo.

—Sí, gracias.

La joven le obsequió con una sonrisa y cerró la puerta.

Lou Bates bajó la cabeza y regresó a su habitación compungido.

Cuando llegó, su vecinita estaba cantando «Ya llegó la

primavera...».

Se arrojó a la cama, y se cubrió la cabeza con el almohadón. Seguía escuchando la canción, pero quizá fuese porque ya estaba obsesionado.

La puerta se abrió, y el amigo de Lou, Duke Martin, entró en el cuarto.

—Hola, Lou. ¿Cómo te fue estos dos últimos días?...

Lou no quiso creerlo. Allí estaba Duke Martin.

—Duke, ¿dónde te metiste?

—Anduve de negocios.

Lou sabía que Duke no había estado de negocios. Duke decía aquello cuando en realidad lo que tenía que decir era: «Pasé dos días con una mujer de campeonato».

—¿Qué te pasa, Lou? Te veo triste, cuando debías estar la mar de contento. ¿No lo sabes? Ya llegó la primavera.

Lou desorbitó los ojos.

Duke se dirigió hacia la ventana.

—¿Cómo puedes estar encerrado, sin aire, con este tiempo maravilloso?

Lou había cerrado la ventana porque la vecina tenía abierta la suya, y se oía más fuerte su voz.

Duke Martin abrió y respiró profundamente.

Por el hueco se colaron las palabras de la canción.

—Eh, Lou. Escucha eso. Es maravilloso. Tiene poesía... Somos unos tipos suertudos. Se ve que ahí al lado ha ido a parar una vocalista.

—¡Basta! —gritó Lou.

—¿Qué te pasa, Lou?

—¿Me preguntas qué me pasa? Muy bien, yo te lo diré. Desde hace cinco horas sólo oigo esa canción. Sé mejor que nadie que ya llegó la primavera... Te puedo recitar palabra por palabra la letra de la canción. ¡La he oído veinticinco veces!... ¡Siempre lo mismo!...

—Tranquilízate, Lou. Pero, si están las cosas así, ¿por qué no hablaste con la chica y le dijiste que cambiase de disco?

—Ya lo hice y... —Lou se interrumpió al recordar lo hermosa que era la huésped de al lado.

—Continúa —dijo Duke.

—Bueno, ya sabes lo que me pasa. No soy como tú. Cuando trato de discutir con una persona, se me aflojan las piernas, especialmente si es una mujer.

—Bonita, ¿eh?

—No he dicho eso.

Lou sintió miedo. Conocía bien a Duke. Si éste se enteraba de que tenía por vecina a un bombón como aquella vocalista, surgirían complicaciones.

—Ya me encuentro un poco mejor, Duke. Y creo que hasta esa canción no es mala del todo.

—Yo diría que es buena. Tiene sabor popular, y la musiquilla es pegadiza.

—Sí, se pega. Cuando la has oído como cuarenta o cincuenta veces.

—No tienes sentido musical.

—Claro que lo tengo. A los dieciséis años yo formé parte de una orquesta.

—¿Qué instrumento tocabas?

—El bombo.

En aquel momento, la joven interrumpió la canción, y pudieron oír claramente un portazo. Al parecer, alguien había entrado en el cuarto de la joven.

—Tony, ¿qué haces aquí? —dijo ella.

—Te sorprende, ¿eh? —contestó una voz de hombre.

—Te creí en Chicago, Tony.

—He venido a Nueva York para recuperar lo que me pertenece.

—No sé de qué me hablas, Tony.

—Patricia, te advierto que he venido dispuesto a todo.

—Me temo que no soy yo la persona con la que tienes que hablar, Tony.

—Ahora mismo vas a atrapar ese teléfono y llamarás a los organizadores del Festival.

—¿Para qué? —preguntó la joven.

—Quiero que renuncies a participar en el concurso.

—¡Estás loco!

—Patricia, te he dicho antes que he venido dispuesto a todo... ¿Conoces el alcance de esa palabra? De todas formas, te lo diré para que no haya lugar a dudas... No me importará mancharme las

manos de sangre. ¿Lo oyes?

Lou dio un respingo en la cama.

—Eh, Duke, parece que la cosa va en serio.

Duke se puso un dedo en los labios para imponer silencio a su amigo.

La joven llamada Patricia dijo:

—Tony, será mejor que vuelvas a Chicago.

El hombre soltó una carcajada nerviosa.

—¿Es el único consejo que me puedes dar? ¿Sólo se te ocurre decir eso?

—Si no sales de aquí ahora mismo, llamaré a la dirección para que te echen.

—Anda, atrévete y soy capaz de estrangularte.

—Deja ya de dramatizar, Tony.

—Conque no me crees, ¿eh? Ahora verás.

—Tony, ¿qué vas hacer?

—Apretar tu lindo cuello. Sí, nena, apretarlo hasta sacarte un palmo de lengua.

—¡No, Tony!...

Martin echó a correr y salió del cuarto.

Llegó a la habitación vecina y abrió de un tirón.

Vio un hombre de espaldas, inclinado sobre una joven que había quedado en una situación muy precaria sobre la cama. El hombre estaba apretando el cuello de la joven.

Duke cayó sobre el tipo, lo hizo girar bruscamente y le soltó un puñetazo en la mandíbula.

El llamado Tony cruzó la estancia dando vueltas como una peonza y se fue a estrellar contra la pared.

—Señorita —dijo Duke palmeando a la joven en la mejilla—. ¿Se encuentra bien?...

Ella se enderezó tocándose el cuello, donde mostraba unas señales rojas, las huellas dejadas por los dedos de Tony.

—Sí, ya estoy mejor —dijo.

Tony había quedado un poco mareado por el golpe.

Se pasó una mano por la cara.

—Patricia —dijo jadeante—. No consentiré que me la juguéis... No lo consentiré...

Luego, echó a andar, y salió de la habitación cerrando la puerta

con violencia.

Duke fue a ir detrás de él, pero la joven dijo:

—No vaya. Déjelo.

—Intentó matarla.

—Creo que no lo habría hecho.

—Pues usted estaba en las últimas. Si tardo un poco más, a estas horas estaría cantando con los angelitos. Aunque debo admitir que harían un buen coro.

La joven se levantó y sonrió débilmente.

—Gracias por su intervención, señor...

—Duke Martin. Soy su vecino de al lado.

—¿Otro?

—Bueno, comparto la habitación con Lou Bates, un gran muchacho. Es a él a quien usted habrá visto.

—Sí. Vino a quejarse por mis gorgoritos, pero le faltó valor para decírmelo. Soy Patricia Connery.

Sonrió otra vez, pero ahora lo hizo con más naturalidad.

Para ese entonces, Martin ya había justipreciado a la muchacha. Era algo realmente sensacional, lo mejor en rubias que había visto... desde la noche anterior.

—¿Es vocalista de una orquesta?

—Intento serlo. Es por lo que vine a Nueva York. He sido seleccionada para tomar parte en la final de un concurso, «El Festival de la Canción Super-Moderna». Quizá haya oído hablar de él. Se celebra todos los años. Es el mejor trampolín que existe para compositores, y en seguida les ofrecen contratos sustanciosos.

—Comprendo.

—No crea que es fácil llegar hasta Nueva York... Durante diez meses se van celebrando concursos locales. Ya sabe, en pueblos, en capitales de otros Estados. Por ejemplo, para que yo resultase elegida, tuve que obtener los votos favorables de cuatro jurados distintos.

—Está nerviosa, Patricia.

—¿Qué?

—Me cuenta todo eso porque no podría dejar de hablar después de lo que ha ocurrido entre usted y Tony.

La joven levantó la barbilla.

—No tiene usted pelos en la lengua, señor Martin.

—Usted trata de quitarle importancia a lo que trató de hacer Tony.

—Desde luego.

—Ese hombre estaba muy excitado, Patricia. Y debería tomar en cuenta lo que dijo. Vi sus ojos congestionados, su boca temblorosa, sus manos crispadas. Le creo muy capaz de llevar adelante sus amenazas. Por ello, lo mejor sería que avisase a la policía.

—No lo haré.

—¿Cuándo se va a celebrar el concurso?

—Esta tarde.

—Dígame, ¿quién es Tony?...

—Un amigo de Chicago.

—Sí, ya lo oí. Pero ¿por qué la amenazó a usted?...

—Por celos, eso es, por celos.

—No, no fue por celos.

—¿Qué sabe usted?...

—Tony dijo que había venido a Nueva York para recuperar algo que le pertenecía.

—Podría haber sido yo. Mi persona.

—No, ese hombre no está enamorado de usted.

—Vaya, es un sabelotodo.

—He corrido mucho mundo, Patricia. Y me las tuve que ver con toda clase de personas. Si algo he aprendido en la vida, es a conocer los sentimientos de los demás... En los ojos de Tony leí el odio y no el amor...

—Está bien, se lo diré... Tony Kerr afirma que la canción con la que yo me presento en el festival, «Ya llegó la primavera», es obra suya.

—¿Y no la compuso él?

—No, porque el compositor es Clint Harrison.

—¿Por qué le consta a usted que es Clint Harrison, y no Tony Kerr?...

—Sencillamente, porque Clint Harrison fue quien me la ofreció, con quien la ensayé, y con el que he ido triunfando en los concursos locales eliminatorios.

—Según eso, Tony piensa que Clint Harrison le robó la canción.

—Sí, eso es lo que dice, pero también me acusa a mí. Según él, estoy de acuerdo con Clint Harrison.

—¿Desde cuándo conoce a Tony?

—Unos dos años.

—¿Ya era él compositor?...

—Tenía afición a la música. Y escribió algunas canciones, pero nunca tuvo éxito con ninguna.

—¿Se conocen Tony Kerr y Clint Harrison?

—Todos formamos parte de la misma pandilla. Pero, la diferencia entre Tony y Clint, es que Clint Harrison ya ha compuesto media docena de canciones que interpretan por ahí las orquestas. Todo el mundo ha asegurado que tiene un importante porvenir. Con esa canción, «Ya llegó la primavera», se abrirá las puertas de la fama.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Patricia.

—Clint Harrison.

—Pasa, Clint.

Entró en la habitación un hombre de unos veinticinco años, rubio, con un gran parecido al actor del cine y de la T.

V. Troy

Donahue.

Enarcó las cejas al ver a la joven en compañía de alguien a quien no conocía.

—¿Quién es, Patricia?

—Duke Martin, un huésped del hotel.

—Hola, Clint. Estábamos hablando de usted y de Tony Kerr.

Duke estaba observando el rostro de Harrison y vio cómo sus ojos se empequeñecían.

—¿Qué pasó, Patricia?

—Nada que merezca contarse.

—Lo siento, Patricia —dijo Duke—. Pero es necesario que él lo sepa.

—¿Qué es lo que debo saber? —preguntó Clint.

—Tony Kerr trató de matar a Patricia —contestó Duke—. La habría estrangulado de no haber llegado yo a tiempo de impedirlo.

Harrison se pasó el dorso de la mano por el mentón.

—¿Eso hizo ese loco?...

—Oiga, Clint, ¿qué hay de la canción? —inquirió Duke.

—¿Qué le importa a usted?

—Me gustaría saber cuál de ustedes tiene razón.

—Métase en sus cosas.

—Clint —intervino Patricia—. No deberías hablar así al señor Martin.

—Nunca me gustaron los entrometidos, ni siquiera los que salvan la vida a las personas.

—¿Qué le pasa, Clint? —sonrió Duke—. ¿Es que de verdad le robó la canción a Tony Kerr?

—Le voy a romper la cara por decir eso.

—Cuidado, no vaya a resbalar.

Clint se había puesto ya en marcha enarbolando los puños. Martin se quedó quieto y, cuando Clint le tiró la derecha, se agachó con rapidez.

Clint golpeó en el vacío y se derrumbó en el suelo.

—Ya se lo dije, Clint —dijo Duke—. Se podía resbalar.

El rubio se levantó hecho una furia y fue a abalanzarse de nuevo sobre Martin, pero Patricia se interpuso entre ambos y detuvo a Harrison.

—Clint, por favor.

Harrison gritó:

—¡Dile a este tipo que se largue o soy capaz de triturarle los huesos!

—Usted sólo tritura las fusas y las semifusas —repuso Duke.

—Por favor, señor Martin —intervino Patricia con voz implorante—. Déjenos solos.

Martin hizo un gesto afirmativo y salió de la habitación.

Cuando llegó a la que compartía con Lou, éste lo apuntó con el dedo.

—No hace falta que me digas nada. ¡Lo oí todo por la ventana!...

—Interesantes personajes, ¿eh, Lou...?

—Ni pizca —repuso Bates despreciativamente porque no le gustaba relacionarse con asesinatos, homicidios y nada que oliese a sangre.

Martin se acercó a la ventana para escuchar lo que llegase de la otra, habitación, pero resultó defraudado porque Patricia o Clint habían cerrado la otra. Dio un suspiro y dijo:

—Lou, prepárate. Nos vamos.

—¿A dónde?

—¿Asististe alguna vez a un Festival de la Canción?

—No hablas en serio, ¿verdad, Duke?

—¿Tú qué crees?

—Pero Duke, estuve todo el día oyendo esa canción. Es más de lo que puedo soportar. ¡No iré a ese Festival!... ¡No iré!...

CAPÍTULO II

Duke y Lou habían ocupado sendas butacas en la fila vigésimoprimeras del teatro, a cambio de cuatro dólares por cabeza, porque Duke había tenido que comprar las localidades en reventa.

El local estaba a rebosar. La mayor parte de los espectadores eran jovencitos que se pasaban la mayor parte del rato escandalizando, llegando al paroxismo cuando un artista actuaba en el escenario.

Los cantantes masculinos estaban cortados por el mismo patrón. Eran altos, jóvenes, melencuados y se descoyuntaban al interpretar.

Lou se había taponado los oídos con trozos de algodón, y ni aun así conseguía aislarse, tal era el alboroto que producían los espectadores.

Sucesivamente, por el escenario pasaron artistas, muchachos y muchachas, que cantaron canciones como: «Le pediré prestada la escalera a mi tío Nicolás para que tú y yo podamos fugarnos a la luz de la luna», y

«Din-don,
din-don,

cuando te veo, es lo que hace mi pobre corazón»...

Duke se puso en pie.

—Lou, voy al escenario. Espérame aquí.

—Eh, Duke. No me dejarás entre esta pandilla de locos. Prefiero alistarme para el Vietnam.

—Está bien. Ven conmigo.

Fueron por un pasillo lateral hasta una puerta guardada por un viejecito.

—No pueden pasar —dijo éste.

—Somos inspectores del fisco —contestó Duke y exhibió muy

rápídamente el colgante de su llavero, que era imitación de una medalla olímpica.

El viejecito ya no puso dificultad y les abrió la puerta.

En las inmediaciones del escenario reinaba un desconcierto tan grande como en la sala. Allí se habían reunido demasiadas personas para tan reducido espacio. Había instrumentos musicales por doquier, ya que al festival concurrían tercetos, cuartetos, quintetos, y sextetos. Se podía leer en las baterías los nombres de los conjuntos. «Los vampiros de Arkansas», «Los tres sapos», «Los trovadores del infierno»...

Lou pegó un grito al ver a un tipo con una barba muy rara, y con un pequeño cuerno a cada lado de la frente, pero tuvo respuesta en seguida porque en la batería correspondiente habían escrito: «Barbas de Chivo».

Un muchacho estaba tumbado en el suelo, boca arriba, ensayando su actuación. Tocaba la guitarra y cantaba.

Los dos amigos pasaron por encima del fulano para seguir adelante.

Duke vio a Patricia, que parecía muy nerviosa, en compañía de Clint Harrison, el cual tenía una de las manos de ella entre las suyas.

—Querida, debes de serenarte —decía Clint.

—¿Ya me llegó el tumo?

—Todavía no. Primero van los «Barba de Chivo», y luego sales tú.

—Hola, muchachos —saludó Duke Martin.

—Duke, me alegro de que haya venido —dijo Patricia. Clint Harrison arrugó la nariz.

—Ya decía yo que estaba oliendo mal desde hace rato.

—¿Probó a cambiarse de calcetines? —repuso Duke.

Lou soltó una carcajada.

—Fue un chiste, amigo.

—¿Quién es el elefante? —preguntó Clint Harrison.

Lou levantó un puño.

—Eh, rubio, un insulto más y te mando a Hollywood, que es donde deberías estar.

Martin calmó a su amigo pegándole unas palmadas en la espalda, y luego dijo:

—¿No vieron por aquí a Tony Kerr?...

Clint Harrison apretó los dientes con rabia.

—Oiga, Duke. No, no sé qué es lo que pretende. Pero si le pagaron para poner nerviosa a Patricia, será mejor que se largue.

En aquel momento, llegaron hasta ellos dos hombres, uno era gordito de talla mediana, y otro delgado, de mejillas hundidas y aspecto de Drácula.

El gordito estaba muy serio, y tenía aire de preocupado.

—Eh, señor Harrison, quiero hablar con usted.

—Luego, señor Lawrence.

—Lo siento, señor Harrison, pero ha de ser ahora mismo.

—¿No sabe que Patricia va a cantar mi canción? Si quiere, pasaré por su despacho cuando haya terminado el número.

—Insisto en que sea ahora. ¿Viene ahora mismo, o doy orden de que no se interprete su canción?...

—Eh, ¿qué está diciendo? ¡No puede hacernos eso!... ¡Mi canción pasó por todas las pruebas, y fue seleccionada para la final! ¡No puede prescindir ahora de ella, aunque usted sea el director del festival!...

—Señor Harrison, me permito recordarle que una de las bases del Festival establece que la canción ha de ser inédita, y original, y que no se admiten las adaptaciones.

—Mi canción es inédita y original, y por tanto, tampoco es una adaptación...

Patricia intervino:

—Oye, Clint, ¿por qué no vas con el señor Lawrence a su despacho? Aún faltan diez minutos para salir al escenario.

Clint sacudió la cabeza.

—Está bien, Partiré con el señor Lawrence.

El gordito, «Drácula» y Clint Harrison se alejaron.

—Vaya —dijo Duke—. Parece que ese Tony Kerr se salió al fin con la suya.

—No puedes hacerle eso a Clint.

—¿Y si Tony tiene razón? —sugirió.

—Sólo faltaba esto para acabar de destrozar mis nervios.

—Trate de controlarse, Patricia.

—Lo voy a echar todo a perder. Cielos, he pasado diez meses ensayando, cantando y hasta debí conservar la línea porque tuve

propensión a engordar. No sabe la de sacrificios que he tenido que hacer para llegar a Nueva York... ¡Y ahora todo se irá por tierra!...

El artista que estaba en escena terminó su actuación y los espectadores armaron un ruido infernal.

—¡Ya sólo queda un número delante de nosotros! —dijo Patricia —. Creo que será mejor que me retire...

—Eh, ahí viene Clint —dijo Martin.

El rubio se acercó a ella con grandes zancadas. Traía una sonrisa en los labios.

—¿Qué pasó, Clint? —preguntó Patricia.

—Ya lo puedes imaginar. Era Tony Kerr. Presentó una supuesta partitura original de mi canción... Impresionó mucho a Stanley Lawrence, pero yo dije que Tony se había limitado a trasladar al papel pautado las notas de mi canción... Entonces, el señor Lawrence invitó a Tony a que presentase otra prueba, pero, naturalmente, éste no pudo hacerlo, y el señor Lawrence dijo que el caso estaba fallado, y que podíamos interpretar el número.

—¿Qué hizo Tony?

—Lleno de ira, guardó su partitura en la cartera y salió del despacho violentamente.

—¿Te amenazó?

—Sí.

—¿Qué te dijo, Clint?

—No vale la pena repetirle.

—¡Quiero saberlo, Clint!

—Está bien. Me dijo que me iba a matar...

—¿A ti solo?

—Sí.

—No. Seguro que también dijo que me mataría a mí.

—¡No matará a ninguno de los dos!... Ahora en lo que tienes que pensar es en nuestro triunfo.

—Clint, tengo miedo.

—Has de dejarte de tonterías.

—¿Crees que son tonterías?... Duke Martin dijo que había visto el odio reflejado en los ojos de Tony Kerr.

—Duke Martin no sabe una palabra de eso —repuso Clint mirando con furia a éste.

—Sería mejor que nos retirásemos —insistió Patricia.

—¿Qué es lo que dices, Patricia?... ¡No podemos tirarlo todo por la borda! Ahora estamos cerca del triunfo. Recuerda las horas que hemos pasado convenciéndonos a nosotros mismos que seríamos los ganadores. Vas a salir ahí, y demostrarás a todos que eres la mejor intérprete y que nuestra canción es superior a las demás... Recuerda las veces que has levantado al público de sus butacas, que los has vuelto locos... Dijiste que, cuando llegase la final, los organizadores tendrían necesidad de llamar al hospital de enfermos mentales para que enviasen todas las camisas de tuerza disponibles. ¡Y es eso lo que quiero que pase, Patricia!... ¡Sé que lo puedes conseguir!...

—¡Me tiemblan las piernas!...

—¿Crees que no me tiemblan a mí también? ¡Pero debemos olvidarlo porque es el momento más decisivo de nuestra vida!... Patricia, has de tener presente lo que el triunfo supondrá para nosotros... ¿Es que ya lo olvidaste? Si ganas, grabaremos inmediatamente... Nos dan asegurado que se venderán medio millón de discos en unos días. Te darán cinco mil dólares en efectivo y yo ganaré diez mil... Tendremos todas esas ventajas inmediatamente. Pero, lo más importante de todo, es que el primer premio significará para nosotros llegar a la meta que nos habíamos propuesto... Saldrás fotografiada en las revistas, y mi nombre aparecerá en todas partes... Me contratarán los empresarios de Broadway para que componga la música de sus revistas. Eres bonita y hermosa y también tendrás abierto el camino de Hollywood. No se necesita imaginación para saber que todo eso se convertirá en realidad. Y que lo podemos conseguir quedando los primeros. ¿Lo oyes, Patricia? ¡Hemos de atrapar el primer premio por encima de todo!... ¡No quiero conformarme con el segundo! ¿Lo oyes bien? ¡Ha de ser el primero!...

—Sí, Clint. Saldré ahí y trataré de hacerlo bien.

—No basta. Has de hacerlo mejor que los demás. Debes convencer a todos que tus rivales son basura.

Patricia movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, Clint.

Un hombre con una chaqueta de cuero se acercó a ellos.

—Eh, señorita Connery. Prepárese. Sale en seguida.

—Sí, señor.

Había terminado la actuación del grupo que llevaba el extraño

nombre de «Barbas de Chivo». El público, como siempre, exteriorizó su entusiasmo con silbidos, gritos y aplausos.

El locutor anunció la actuación de Patricia Connery.

Clint tomó a la joven por los brazos y la besó suavemente en los labios.

—Suerte, nena. Y acuérdate de mí.

Ella sonrió mientras tragaba saliva y se fue al escenario.

Clint la siguió unos pasos pero luego se detuvo, y apretó los puños contra el pecho.

La orquesta atacó las primeras notas de «Ya llegó la primavera», y en seguida Patricia se puso a cantar.

A la primera estrofa se despertó ya el entusiasmo entre los espectadores.

A la mitad de la canción, el teatro pareció convertirse en una jaula de locos.

Habían bastado unos instantes para que los jóvenes que llenaban el local se contagiasen del ritmo y la gracia que Patricia imprimía a su canción.

Al final llegó la apoteosis.

Dio la impresión de que el teatro se venía abajo.

Patricia saludaba mandando besos al aire.

El público quería que repitiese el número.

El locutor anunció que, según las bases del Festival, no se podía repetir ninguna canción y eso originó una tempestad de protestas.

El espectáculo, prácticamente, se había suspendido porque ahora nadie quería escuchar lo que decía el locutor.

Cuando Patricia salió del escenario, se echó en brazos de Clint.

—¡Patricia, hemos ganado! —exclamó éste.

—Hay que esperar el fallo.

—¡No puedo equivocarme! ¡Escucha eso! ¡Quieren que vuelvas! ¡Anda, sal otra vez a saludar!

—Lo prohíbe el reglamento.

—Déjate de reglamentos y vete a saludar.

Clint empujó a la joven al escenario.

La nueva presencia de Patricia ante los espectadores provocó otro alud de ovaciones, chillidos histéricos... El director del Festival, el señor Lawrence llegó dando saltitos, y tomó a la joven del brazo apartándola del escenario.

—Señorita, ¿es que quiere que nos incendien el local?

Clint le puso una mano en el hombro y dijo jactanciosamente:

—Ellos acaban de elegir la canción ganadora. Y es obvio que también a la mejor intérprete.

—Perdone, señor Harrison. Pero es el jurado quien debe fallar. Y le recuerdo que todavía faltan por interpretar media docena de canciones.

—Déjese de tonterías. ¿Oye al público? Puede pegar el cerrojazo porque no habrá una canción mejor que la mía, ni otra intérprete como Patricia.

—Clint, por favor... —dijo la joven.

—Señor Harrison —habló el director del Festival—. Le ruego que no ponga impedimento a la continuación del concurso, o tendré que adoptar otras medidas con usted.

—Está bien. No se enfade —repuso Clint sonriendo.

Patricia se detuvo ante Duke y Lou.

—Señor Martin, ¿me deja pagarle algo que le dejé a deber?

—¿Qué cosa?

—Esto —se puso de puntillas y besó en la boca a Duke.

Clint apartó a la joven de un tirón.

—Eh, Patricia. No te acerques demasiado a estos fulanos o te contagiarán alguna enfermedad.

—¿Qué le pasa, Harrison? —dijo Duke—. ¿Por qué odia a la humanidad?... Eso no es bueno para un hombre que quiere vivir del favor del público.

Clint le dirigió una mirada despectiva.

—Ven conmigo, Patricia —dijo—. Te invito a un trago en el bar.

La joven y el compositor se retiraron.

El director del Festival, el señor Lawrence, sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la cara, porque estaba pasando un mal rato.

El locutor se llegó hasta él.

—Señor Lawrence, ¿qué hago? Siguen pidiendo que vuelva Patricia.

—Anuncia el siguiente número.

El locutor hizo chascar los dedos hacia cuatro muchachos que portaban instrumentos de cuerda. Eran el cuarteto «Los gorilas».

—Van ustedes, muchachos.

Los cuatro chicos sacaron algo de sus bolsillos, y se lo pusieron en la cara. Eran máscaras de plástico que se asemejaban a los animales de la selva de los que habían tomado el nombre.

El locutor anunció que el cuarteto iba a interpretar la canción: «Esto es una jungla, nena, esto es una jungla».

El público seguía pataleando, acompañándose con silbidos. Pero el cuarteto de «Los gorilas», realizó un buen número. Se movían en la escena llevando siempre el ritmo con ademanes de auténticos cuadrúmanos.

El público olvidó de momento a Patricia, y se sumó al nuevo espectáculo que se le ofrecía.

Lawrence dio un suspiro de alivio.

—Nunca he pasado mayor susto. Creí que acababa todo.

En ese momento se presentó un hombre ante él.

—¿Es usted Lawrence, el director del Festival?

—Sí, señor.

—Soy Ernest Adams, y vengo a hacerle un ruego con respecto a uno de los números.

—Ya entiendo, señor Adams. Viene a recomendarme que elijamos una determinada canción y a un determinado intérprete. Pero debo decirle que he recibido centenares de recomendaciones como la suya. Si las hubiese escuchado todas, tendría que dar un primer premio por cada canción presentada.

—No, señor Lawrence. Ése no es el objeto de mi visita.

—¿Qué pasa, señor Adams?

—Lo que deseo es que no premie a una canción y a un intérprete determinados, me estoy refiriendo a la canción de Clint Harrison y a la intérprete Patricia Connery.

El director se quedó con la boca abierta.

—¿De veras? ¿Y a quién quiere que premie?...

—Eso es asunto suyo...

—Disculpe, señor Adams, pero eso no es cuestión mía, sino del jurado del Festival. Pero le advierto que no vaya a ellos con esa sugerencia que me acaba de hacer. Si el jurado cree que «Ya llegó la primavera» es la mejor canción, y considera a Patricia Connery como la mejor intérprete, dará su fallo en ese sentido. No le quepa la menor duda.

Ernest Adams, estaba por los veintiocho años, y era alto, con

gafas. Titubeó unos instantes al oír al señor Lawrence y finalmente dijo:

—Disculpe.

Fue a retirarse pero Duke fue detrás de él.

—Señor Adams.

El joven se detuvo.

—Escuché lo que le dijo al señor Lawrence. Soy Duke Martin, amigo de Patricia Connery. ¿Puedo preguntarle qué interés tiene usted en que ella no gane?

—Es mi prometida. Nos íbamos a casar. Interrumpimos la boda cuando surgió este condenado Festival...

—¿Continúa siendo ella su prometida?

Ernest Adams se pasó la mano por los labios.

—No.

—¿Cuándo acabaron?

—Lo soporté al principio. Tuve la esperanza de que Patricia no llegase a la final. Me enteré de la organización del concurso, y pensé que ella sería rechazada en una de las eliminatorias previas. Pero triunfó en todas. Cuando ya había quedado seleccionada para la final, decidí hablar con ella antes de que fuese demasiado tarde.

—Entiendo. Le dio a elegir. O continuaba en el concurso o se casaba con usted.

—Sí, así fue —repuso Adams con voz grave.

—Y ella eligió continuar su carrera.

Ahora Adams sonrió con amargura.

—Esto no es una carrera. Por eso quise apartarla.

—Señor Adams, Patricia tiene una gran voz y un buen estilo... Existen muchas artistas que se casan y forman su hogar.

—Sí, ya lo sé. Pero yo no soy un hombre de esa fibra.

—A nadie le gusta que su mujer sea más famosa que uno mismo. O que gane más dinero. O que sea más solicitada socialmente...

—Se necesita poseer un temperamento especial, y yo no lo tengo, señor Martin... No, no podría soportar que mi mujer fuese cortejada continuamente. No sabría componer el gesto adecuado. Creo que siempre tendría en mi cara una expresión estúpida.

—Bueno, dicen que el hombre es un animal de hábitos. Si quiere a Patricia, podría acostumbrarse.

—No, señor Martin. No podría jamás. Y le voy a dar una razón...

Soy un hombre muy celoso. Puede reírse lo que quiera, pero es verdad... Y la culpa de todo la tiene ese miserable egoísta de Clint Harrison... Utiliza a Patricia sólo en su beneficio... Desde el primer momento supe que Harrison era la personificación del mal.

—Yo creo que sólo es un muchacho ambicioso y peor educado.

—No. Me temo que se equivoca, señor Martin... —Sus ojos brillaron intensamente—. Clint Harrison, es un mal bicho. Un reptil al que se le debe pisotear. Y, si nadie 1® hace... ¡yo lo haré!...

—Cálmese, señor Adams.

—Influye malignamente en Patricia. Da la impresión de que la hipnotiza... Patricia es una ingenua. No sabe que Harrison la utilizará mientras la necesite. Llegará un día en que no le haga falta y entonces prescindirá de ella sin titubear...

—Admito que Clint Harrison se hace antipático a todo el mundo, pero creo que exagera usted haciendo ese juicio tan duro acerca de él.

—No, señor Martin. No exagero un ápice.

—Dígame, ¿conoce a Tony Kerr?

—Sí, lo vi un par de veces. Es uno de esos vagos con que Patricia se relacionó últimamente...

—¿Sabe que Tony asegura ser el compositor de «Ya llego la primavera»?

Adams enarcó las cejas.

—No, no sabía nada de eso... Oiga, sería estupendo que Tony Kerr pudiese comprobar que es su canción. Eso arruinaría a Clint Harrison.

—Al parecer, Tony no pudo probarlo. Se llegó aquí con una partitura, pero el director del Festival no pudo admitirla.

—Ya entiendo —contestó Ernest con voz ronca—. Otra vez Clint Harrison se salió con la suya. ¿No se lo dije?... Apuesto cualquier cosa a que Clint robó la canción a Tony.

—Usted dice eso porque no quiere que Harrison gane.

—Conozco la catadura moral de este individuo, y lo creo capaz de robar a su abuela. Gracias, señor Martin.

—¿Qué va hacer?

—Hablaré con Patricia. Será mi último intento, para apartarla del mundo corrompido en el que Clint Harrison la quiere introducir.

Ernest Adams dio media vuelta y se alejó de allí.

Lou fue hacia su amigo.

—Eh, Duke. ¿No hemos oído ya bastante ruido?

—Tengo la impresión de que todavía no.

—No me gusta el tono en que lo dices. Parece como si te faltase oír disparos de pistola.

—Olvidalo.

—Aquí está la atmósfera muy cargada. Ya nos entretuvimos bastante, aunque me sigue pareciendo caros los cuatro dólares que pagamos por la entrada.

De pronto, oyeron un alboroto en la parte donde se ubicaban los camerinos.

Una mujer dio chillidos. Por fortuna, eso no podía trascender al escenario, y menos al patio de butacas, porque los concursantes de turno y los espectadores habrían acallado una explosión atómica.

Duke Martin echó a correr.

Se abrió paso entre algunos artistas.

Ernest Adams estaba tendido en el corredor, echando sangre por la boca. A unos pasos de él, Clint Harrison golpeaba el puño derecho contra la palma de la otra mano mientras sonreía.

—Te dije que te partiría la boca, Ernest —dijo con una sonrisa—. Te lo advertí y tú no quisiste escucharme.

—Anda, levántate y empecemos otra vez.

—Esto te lo voy hacer pagar...

—No, Clint. Esta pelea la ganaste tú.

—Ganaré todas las que tú y yo ventilemos.

Patricia estaba junto a Clint, el rostro muy pálido.

Se acercó a Ernest Adams para ayudarlo a levantarse, pero Adams la apartó de un manotazo.

—No te necesito.

—Ernest, sé comprensivo —dijo Patricia cuando él estuvo de pie.

—Deberías avergonzarte por estar al lado de un tipo como Clint. ¿Es eso lo que querías?... Muy bien, ya lo tienes. ¡Pero te va a durar poco!...

Dicho esto, Ernest Adams se abrió paso a codazos por el corredor.

—Anda, nena —dijo Clint Harrison—. Vamos al bar. Beberemos ese trago.

—Lo siento, Clint. Pero no quiero beber ahora.

—Está bien. Tú te lo pierdes.

Clint se fue por el corredor.

Duke se acercó a Patricia.

—¿Qué fue lo que le dijo Adams?

—Me pidió que me casase hoy mismo. Volaríamos juntos a Las Vegas.

—Pero le puso una condición, ¿verdad?

—Si. Que renunciase a mi carrera y que me alejase de Clint Harrison.

—¿Cuál fue su respuesta?...

—Le dije que estaba dispuesta a casarme con él, pero que tendríamos que esperar meses, si ganaba el concurso, y que iría con él a Las Vegas en seguida si no lo ganaba. Entonces quiso hablar a solas con Clint. No sé lo que dijeron. Yo estaba en mi camerino. Oí un golpe, salí y vi a Ernest en el suelo.

—¿Puedo hacer algo por usted, Patricia?

—Me temo que no, Duke. Gracias por todo.

La joven entró en su camerino.

—Vámonos de aquí, Lou —dijo Duke.

—Es lo más sensato que se te ha podido ocurrir.

Salieron del teatro, pero no fueron muy lejos. Duke sugirió entrar en un restaurante cercano y Lou aplaudió la idea porque su estómago protestaba desde hacía rato.

Estaban en los postres, cuando vieron entrar a los componentes del cuarteto «Los gorilas». Todos traían caras tristes.

Ocuparon una mesa vecina a la de Lou y Duke.

—Eh, muchachos —dijo Duke—. ¿Quién ganó el concurso?...

—El conjunto «Los trovadores del infierno».

—¿Pero quién triunfó como intérprete femenina y cuál fue la canción premiada?

—Patricia Connery, y «Ya llegó la primavera».

—¡Infiernos! —exclamó Lou—. Hay tipos que han nacido con suerte, y ese Clint Harrison es uno de ellos.... ¡Se llevó el primer premio!

CAPÍTULO III

Duke Martin pagó el importe de la cuenta del restaurante, y agregó una propina de cincuenta centavos. Luego, sobre la mesa, mostró a Lou seis billetes de a dólar.

—No me digas que es eso lo que nos queda —dijo Lou—. Demonios, teníamos doscientos dólares hace tres días...

—Sí, parece mentira cómo pasa el tiempo.

—Yo diría que lo que pasa es el dinero, Duke. ¿Qué es lo que hiciste para gastar tanto?... No, no me lo digas. Tus negocios particulares.

—No te preocupes. Muy pronto mejoraremos la fortuna.

Lou tocó madera.

—Ya lo veo. Duke. Acabaremos por dejarnos caer en el antro de Patrick Furness y ese miserable nos confiará un trabajo miserable por el que nos ofrecerá un sueldo miserable. ¿Y sabes lo que seremos?

—Dos miserables.

—Puedes tomarlo a risa, Duke, pero ¿por qué no somos nosotros como los demás?

—¿Cómo son los demás?

—Ambiciosos, infiernos... Es lo que a ti te falta ser. Ahí tienes a Clint Harrison que acaba de ganar un primer premio de diez mil dólares por su canción.

—No querrás que le haga la competencia con las corcheas.

—Me refiero a que Harrison está lanzado. ¿Y por qué?... Yo te lo diré. Porque tiene deseos de llegar a lo más alto.

Duke tomó a su amigo del brazo.

—Anda, vámonos, antes de que me hagas llorar.

Salieron del bar.

En la puerta del teatro se hacinaban los jovencitos que habían vociferado en el interior. Esperaban a sus nuevos ídolos.

—Ahí los tienes, Duke —dijo Lou—. Patricia y Clint tienen la gloria, la fama, la celebridad... Y tendrán también el dinero, mientras nosotros estamos con seis dólares.

De pronto, Duke descubrió a una persona que conocía. A Tony Kerr, el que se decía auténtico compositor de la canción que había recibido el primer premio del Festival.

Estaba junto a la pared mirando la multitud, las manos en los bolsillos.

—Hola, Tony.

Kerr lo miró. Sus ojos estaban congestionados y la nariz colorada.

—¿No está satisfecho?... —dijo con voz estrepitosa.

—No tengo nada que ver con Clint Harrison, si se refiere a eso.

—Usted está de su parte, lo vi ahí dentro con Patricia.

—Sólo estaba al lado de ella porque la chica me resultó simpática.

—Es una ladrona, como él y les voy a dar su merecido a los dos.

—No se lo tome así, Tony.

—¿Cómo quiere que lo tome?... Me robaron la composición que salió de mi cabeza.

—¿Cómo pudo robársela Clint?...

—Fui un estúpido. Lo invité a mi casa para que la oyese.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace un año.

—¿Conocía alguien más esa canción?...

—No.

—¿No la oyó algún vecino que pudiera testificar ante un tribunal?

—En este caso, una prueba testifical no serviría para nada. Si fuese así, ningún compositor podría ser dueño de su obra.

—Debe haber una solución.

—Claro que la hay, y yo sé cuál es...

—Quítesela de la cabeza.

—¿Qué cosa, señor Martin?...

—Está pensando en matarlos.

—Déjeme en paz.

—Nadie puede quitar la vida a un semejante, Tony, Piense en eso... No ganará nada. Sólo conseguirá su perdición...

—¿Qué otra cosa se le ocurre, reverendo?... ¿Quiere ya dejar de molestarme?

—Le diré otras palabras y lo dejaré en paz, Tony. Sinceramente, creo que es usted el autor de esa canción. Debo agregarle que podrá componer otras canciones y estoy seguro de que serán, incluso, mejores que la que hoy obtuvo el primer premio en este festival. Clint Harrison sólo consiguió un éxito pasajero. Si para triunfar tuvo necesidad de robar su composición, significa que se reconoce incapaz de lograr algo importante por sí mismo, que nunca podrá tener éxito.

Tony estaba mirando con fijeza a Duke. Se tambaleó, y Martin tuvo que sujetarlo.

—Suélteme, puedo caminar solo.

Tony giró sobre sus talones y se alejó del teatro.

—Eh, Duke —dijo Lou—. Eso que le dijiste estuvo bien.

—Esperemos que sirva. Anda, vamos a llegarnos a la oficina de Patrick Furness. Sólo tenemos que andar cincuenta yardas.

—Se me parte el corazón al pensar que vamos a caer otra vez en manos de ese tacaño.

—Nunca nos ha ido mal con él.

—Pero siempre intenta quedarse con todo lo nuestro, ¡infiernos, nos paga cinco centavos de cada dólar que le dan!...

Entraron en el edificio donde se ubicaba la oficina de Patrick Furness. Subieron en el ascensor hasta la planta donde también trabajaban dos dentistas, un abogado, y un vendedor de abonos.

Cruzaron por la pequeña sala de espera y entraron en la oficina del agente de Asuntos Varios.

Patrick estaba sacando un crucigrama, y decía en voz alta:

—Animal de la jungla muy feroz, con siete letras.

—Furness —dijo Duke.

—Gracias —dijo el agente.

Empezó a escribir su nombre en los huecos, y de pronto se dio cuenta de lo que pasaba y dio un grito.

—¡Duke! ¡Lou!... ¿Qué infiernos hacéis aquí?...

—Echamos de menos nuestro hogar —contestó Lou.

—¡Éste no es vuestro hogar! Ya entiendo. Os echaron del hotel

por falta de pago, y venís aquí con intención de dormir...

—No me digas que el casero también te va arrojar de este corral de vacas —repuso Duke.

El rostro de Patrick se puso rojo.

—Duke, la noche pasada soñé con que os enviaban a los dos a la luna...

—Claro, y hacías el gran negocio. Tú recibías el dinero de la Agencia del Espacio por ser nuestro representante. ¿Me equivoco?

Vio en los ojos de Patrick que no se equivocaba.

—Háganme un favor, muchachos. ¡Conviértanse en humo!

—Patrick, se nos ocurrió la mala idea de trabajar otra vez para ti.

—Prometí que no os daría ninguna clase de trabajo. Cada vez que os metéis en un asunto, huelo a sangre.

—Eso te pasa porque eres una sanguijuela —intervino Lou.

—Condenación, no voy a escuchar insultos en mi propia oficina. ¡Fuera de aquí!

En aquel momento se abrió la puerta y entró en la estancia un hombre precipitadamente, pero frenó en seco al ver que en la habitación se encontraban muchas personas.

—¿Quién de ustedes es el señor Furness? —preguntó.

—Yo soy Furness —exclamó Patrick.

—Perdone, pero quisiera que me atendiera inmediatamente.

—Claro que sí, estos señores ya se iban. ¿No es verdad, caballeros?...

—Bueno, digamos que volvemos dentro de unos minutos —dijo Duke.

Furness sintió deseos de mandarlos al infierno, pero no quería impresionar mal a su presunto cliente.

—Está bien. Vuelvan dentro de un rato.

Duke hizo una señal a Lou, y los dos salieron de la habitación. Pero se quedaron en la sala de espera, aunque Duke tomó la precaución de abrir la puerta y dar un portazo, para dar a entender que se habían hecho humo, como quería Patrick.

Luego se acercó sigilosamente a la puerta que comunicaba con el despacho de Furness, el agente de Asuntos Varios, y se puso en cuclillas.

Escuchó el diálogo que ya había empezado.

—Tengo que salir del país en seguida, señor Furness.

—Podría arreglarlo para mañana.

—Nada de mañana, ha de ser esta noche.

—Eso dependerá de si tiene los papeles en regla.

—No me haga reír, señor Furness. ¿Cree que si tuviese los papeles en regla vendría en su busca?... Necesito salir de los Estados Unidos con documentación falsa.

—Lo siento, señor Byrnes, pero yo no me dedico a esos negocios sucios.

—Me habían dicho lo contrario.

—¿Cómo?

—He oído decir que usted hace toda clase de trabajos sucios, si les dejan un buen margen de beneficios.

—¡Eso es una calumnia!

—Muy bien, en tal caso buscaré a otro que se encargue del trabajo. Pensé que le habría gustado ganarse un par de miles. Hasta la vista, señor Furness.

Duke no se apartó de la puerta porque sabía lo que iba a ocurrir.

—¡Espere, señor Byrnes! —gritó Patrick—. Quizá me pueda ocupar yo de lo suyo.

—Necesito la documentación para antes de la medianoche.

—Pondré de mi parte todo mi esfuerzo.

—No quiero oír eso. Ha de entregarme los documentos a las doce en punto. Y entérese de que es un plazo improrrogable.

—Está bien, ¿dónde le mando los papeles, señor Byrnes?

—No se preocupe, yo vendré aquí.

—¿Tiene predilección por algún nombre especial para sus documentos?

—Hágalos a nombre de James Hawkins.

—Está bien, señor Byrnes. Será James Hawkins. Ahora mismo le hago un recibo por cinco mil dólares.

—Usted no va hacer ningún recibo. Y yo no le voy a dar cinco mil dólares. No le hice una oferta para comprar todo lo que hay aquí dentro.

—Ya compró algo de aquí, señor Byrnes. Mi conciencia —la voz de Patrick sonó muy dramática porque era el momento en que estaba luchando por el dinero.

—Es demasiado caro.

—¿Le he preguntado yo acaso por qué quiere abandonar el país?... Señor Byrnes, ha ido a elegir al hombre más discreto de Nueva York. Podría decirme el motivo de su fuga, que se larga con el dinero de su jefe y con su secretaria, nadie lo sabría.

—Está bien. Le daré esos cinco mil dólares.

—Correcto.

Se oyó un crujido de papeles y Duke sintió una mano en su brazo, era la de Lou.

—¿No te lo dije, Duke? Ese Patrick es el tipo más suertudo que conocí. Nosotros estamos con seis dólares, y él va a manejar miles.

—Vámonos de aquí.

Salieron al corredor y poco después lo hizo Byrnes el cual no esperó al ascensor, sino que bajó por la escalera.

Entonces Duke dijo:

—Lou, espérame aquí. Quiero decir en el despacho de Furness. Voy a seguir a ese tipo.

—¿Por qué?

—Para saber por qué quiere largarse del país esta misma noche con documentación falsa.

—Otro lío.

—Trata de sacar a Furness una parte del botín. Amenázalo con que pegaremos el soplo a la policía.

Antes de que Lou protestase de nuevo, Duke echó a correr escaleras abajo.

Al llegar al vestíbulo, no vio a Byrnes. Y eso quería decir que le había tomado una gran ventaja.

Se dirigió hacia la calle cuando oyó chirridos de neumáticos y un aullido de muerte.

Se precipitó al exterior. A la derecha un coche iba tomando velocidad. Tendido en la calzada, vio a un hombre. No habría necesitado acercarse para saber que éste era Byrnes, el cliente de Furness.

Una mujer dio un chillido histérico desde la acera.

Duke fue rápidamente adonde estaba el hombre accidentado.

Lo vio boca arriba, la cara cubierta de sangre, los ojos desorbitados... Todavía vivía, pero por su mirada descubrió que estaba gravemente herido, y que podía morir en unos segundos.

—Señor Byrnes... ¿Me conoce? Soy uno de los tipos que estaba

con Furness cuando usted llegó... Escuché por detrás de la puerta...
¿Quiere decirme por qué quería salir del país?...

El hombre movió la cabeza de un lado a otro, en sentido negativo.

—Oiga, señor Byrnes. Sé que lo han asesinado.

Éste hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Por qué lo han matado?... ¿Quién lo ha hecho?...

Tiene que decirlo antes de que se acerque más gente.

Byrnes estremeció los labios y dijo:

—Ya llegó... la primavera...

Duke se quedó asombrado, porque notó que Byrnes, más que hablar, estaba cantando, y la musiquilla se parecía mucho a la de la pieza que había logrado el primer premio en el Festival.

CAPÍTULO IV

Patrick Furness vio entrar en su oficina a Lou, y dio un respingo.

—Eh, ¿qué haces aquí? Les dije que se marchasen.

—Duke ya se fue detrás de ese tipo.

—¿Qué tipo?

—El fulano que te dio los cinco mil dólares.

Furness agrandó los ojos.

—Menudo par de sinvergüenzas. De modo que, os quedasteis ahí para escuchar...

—Estamos en la ruina, Furness. Recuerda que vinimos aquí en busca de trabajo.

Patrick entornó los ojos. Se dijo que no estaba procediendo con diplomacia. Lou era un tarugo a quien podía convencer fácilmente.

—¿Por qué no me lo dijisteis antes, Lou?... ¿Es posible que estéis sin blanca?

—Te lo puedo jurar.

—Pero eso es increíble —exclamó Patrick, que sólo veía a los dos amigos en tiempos de penuria—. Pero aquí estoy yo para echaros una mano. Siempre he sido un verdadero amigo de mis amigos.

Lou estaba perplejo porque nunca había oído a Patrick expresarse de aquella forma.

—Demonios, Furness. ¿Es posible que también tengas corazón?...

—Lo tengo, y es tan grande como el Stadium de los Yankees.

—Pues no sabes la sorpresa que me das.

—Y para que veáis quién soy yo, ahí van cinco dólares para que paséis el mal trago.

La cuantía del donativo de Furness volvió a Lou a la realidad.

—Eh, Furness. ¿No crees que te vas a arruinar?

—Oh, no, Lou. Y si me arruinase me daría lo mismo, porque sería muy superior el placer por hacer un favor a dos de mis semejantes.

—Se me ocurre una idea, Furness. ¿Por qué no has de sentir un placer mayor?

—¿Eh?

—Escupe cien dólares.

—Hijo mío, qué más quisiera yo.

—Ese Byrnes te dio cinco mil.

—Para gastos.

—¿Crees que no te conozco, Furness?... Vas a arreglar esos papeles falsos por quinientos, y te quedarás el resto...

—¡No consiento que nadie fiscalice mis negocios! —exclamó Furness perdiendo otra vez los estribos.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Duke.

—Vaya, vaya, vaya... —dijo—. ¿De modo que están hablando de negocios?...

—¿Sabes cuánto nos quiere dar por callar la boca? ¡Cinco dólares!

—¿Y cuánto le pediste tú?

—Cien.

Furness pegó un puñetazo en la mesa.

—Juro que no daré cien. ¡Lo juro! Antes me arrojaría por la ventana.

Duke puso una mano en el hombro de Lou.

—El tiene la razón, Lou. No puede darnos cien dólares.

Lou pestañeó sin dar crédito a lo que Duke decía.

Patrick esbozó una sonrisa.

—Me alegro que hayas regresado, Duke. Tú eres más comprensivo, y te haces cargo de las circunstancias.

—No nos vas a dar cien dólares, Furness. Por la sencilla razón de que nos vas a dar dos mil.

La sonrisa murió en la cara de Furness.

Quiso decir algo, pero sus labios sólo temblaron, dejando escapar una especie de silbido, como el de las serpientes antes de atacar.

—No he oído nada, nada... —dijo con voz temblorosa.

—Vas a oír muchas cosas antes de que salgamos de aquí, Furness —repuso Duke—. Pero la más importante de todas es ésta: Tu cliente no vendrá a retirar la documentación falsa.

—Ya lo comprendo. Te encargó a ti para ello. Apuesto a que le sacaste unos cuantos dólares por ese trabajo. Y aún tienes el cinismo de pedirme dinero a mí. Pero te equivocas esta vez, Duke Martin. No me vas a sacar un centavo. ¿Lo oyes bien? ¡Ni un centavo!...

—Tu cliente no volverá a poner los pies en esta oficina, porque lo que necesita ahora no es una documentación falsa, sino un ataúd.

En la oficina se hizo un silencio.

—¿Quieres decir que... murió? —dijo Patrick Furness en un susurro.

—Completamente.

—Ya entiendo. Le dio un ataque por la calle, un síncope.

—No.

—Un infarto de miocardio.

—Tampoco. Y no continúes porque no lo vas a acertar... Lo aplastó un auto.

—¡No!

—Sí. Y si tienes alguna duda, puedes asomarte a la ventana. Mira hacia la derecha y verás un grupo de gente. Dentro del círculo está el cadáver de Byrnes.

Furness saltó del sillón giratorio y se acercó a la ventana.

Miró fuera y se volvió tambaleante, como si hubiese bebido un trago de más o le hubiesen pegado un mazazo en la cabeza.

—¡Cielos!... Byrnes estaba en la flor de la vida, y justamente ha ido a morir accidentado frente a mi oficina.

—No fue accidente, sino asesinato.

Furness palideció.

—No, Duke. Dime que estás bromeando.

—Eso explica por qué quería salir del país. Lo perseguían, sabía que le quedaban pocas horas de vida, y que lo único importante para él era escapar.

Furness se dejó caer en el sillón.

—Cielos, qué cosas ocurren en este perro mundo.

—Patrick, ¿qué fue lo que te dijo?

—Nada...

—Lou y yo nos demoramos un poco en pegar la oreja a la puerta... ¿Cuál era su nombre completo?

—Norman Byrnes.

—¿Profesión?

—No me lo dijo.

—¿Por qué quería huir?...

—Tampoco lo explicó y yo no se lo pregunté.

—¿Dijo de dónde venía?

—Claro que no.

—¿Tampoco a dónde quería ir?...

—No.

Lou intervino.

—Duke, lo importante es que Patrick suelte el dinero y me parece muy bien que hayas pedido los dos mil.

—¡Dije que no daría un centavo! —gritó Furness y sonrió malignamente—. El cliente confió en mí y, si me quedé sin cliente, es mío su dinero... Éste es un negocio que se rige por la ley de la oferta y la demanda... Soy agente de asuntos varios y pago mis impuestos.

—Muy bien, Patrick —dijo Duke. Se inclinó sobre la mesa y tomó el receptor.

—¿Qué haces, Duke? —preguntó Furness.

—Voy a comunicar con la policía.

—¿Con la policía?... ¿Para qué?

—Yo también soy un ciudadano que paga sus impuestos, y se supone que debo cumplir con mi deber... He visto morir asesinado a un hombre, y momentos antes de que fuese aplastado por el auto, él te dio cinco mil dólares para que le facilitases documentación falsa porque quería largarse al extranjero. Es todo lo que diré, pero eso a ti no debe importarte.

Duke se puso a marcar en el dial.

Furness pegó un zarpazo en la horquilla interrumpiendo la comunicación.

—No, Duke, no lo harás.

—Lo siento, Furness, pero ya dije que era mi deber.

—Pero, muchacho... tú no me puedes hacer eso. Soy tu amigo, y he sido tu jefe varias veces. Te he dado trabajo para que pudieses comer, y a Lou también se lo di... Nunca os he considerado como

empleados, sino como hermanos, o quizá como hijos...

—Dinero, papá —dijo Duke.

—¿Hacen quinientos dólares?

—Dos mil...

—Lo dejaremos en mil...

—No hay arreglo.

—Maldita sea... Me decías que soy una sanguijuela, pero ¿qué sois vosotros?... Por mí puedes hacer lo que quieras, si quieres llamar a la policía, llama...

En aquel momento se oyó en la calle una sirena policíaca.

—De acuerdo. Los dos mil dólares —dijo Furness con rapidez.

Duke dejó el receptor en la horquilla.

—Ya tardas en dar el dinero, Patrick.

Furness hizo un gesto doloroso, pero sacó un gran fajo de billetes y se puso a deshojarlo.

Duke contó los dos mil dólares porque no se fiaba de Furness ni cuando le daba un cigarrillo.

—Está en orden —asintió.

—Ahora no quiero veros la cara en todos los días de mi vida.

—Todavía no terminé contigo, Patrick.

—¿Qué pasa ahora?...

—Registré los bolsillos de ese hombre, aprovechando que fui el primero en llegar a su lado. No llevaba documentación.

—Demonios —dijo Lou—. Eso justifica que quisiese papeles nuevos.

—Te falta saber algo, Lou.

—¿Qué cosa?

—Le pregunté a Byrnes por qué moría, y por la persona que lo mandaba al otro mundo, y él me contestó cantando.

—Entonces, está claro. Es un cantante de ópera. Una vez yo vi una de esas piezas y se pasaban todo el rato cantando. Un tipo llegaba a una barbería y pedía que lo afeitasen cantando. Y lo malo era que el barbero también cantaba.

—No, Lou. Me temo que el señor Byrnes no era cantante de ópera, porque lo que él cantó fue una pieza moderna y que tú conoces muy bien. Murió cantando «Ya llegó la primavera»...

—¡No!... ¡No puede ser!... Te ocurrió lo mismo que a mí. Te sugestionaste, Duke...

—No tengo ninguna duda, Lou. Recitó las palabras de la canción y lo hizo con la musiquilla de marras.

—Ya sé por qué cantaba eso.

—¿Por qué, Lou?...

—Fue un espectador como nosotros, eso es. Invertió cuatro dólares en una localidad para presenciar el festival. Oyó la canción de Tony Kerr, o de quien demonios sea el autor, y sé le metió en la cabeza. Ya no pudo librarse de ella. Cuando le pasó el auto por encima lo dejó agonizando, y lo primero que se le ocurrió fue cantar lo último que había escuchado.

—Tu hipótesis es deleznable, Lou. Lo último que escuchó Byrnes no fue «Ya llegó la primavera», sino lo que le dijo Patrick Furness.

—Pero Patrick no le habló cantando.

—De todas formas, investigaremos.

—¿Qué es lo que vamos a investigar?

—La muerte de Norman Byrnes, si es que ése era su nombre.

—No, Duke... No lo hagas.

Duke ya había descolgado el teléfono y Patrick gritó:

—¡No puedes informar a la policía!... ¡Ya me chantajeaste!...

—Lou, ¿quieres darme el número del teatro «Vanity»?

—Eh, Duke, ése es el teatro donde se celebró el festival.

—Date prisa. Es una llamada de emergencia.

Lou, contagiado por aquellas palabras, se movió muy aprisa, tomó la guía telefónica y buscó con avidez.

Mientras tanto, Patrick apuntó con el dedo índice a Martin.

—Duke, no quiero que me metas en un lío.

—Tengo por costumbre curiosear en la vida de las personas que mueren asesinadas.

—Eso puede arruinarnos. Intervendrá la policía y sabrán que Byrnes me dio cinco mil dólares y tendré que devolver el dinero...

—Oye, Patrick. Tenemos ideas diferentes con respecto a este dinero que nos hemos repartido. He aceptado los dos mil dólares porque voy a hacer algo por el muerto.

—Ya... Un entierro de primera categoría, ataúd con asas de oro y réquiem de lujo...

—No, Patrick. Me he hecho cargo de los dos mil dólares con una condición que me he impuesto a mí mismo. Descubrir al asesino o asesinos y hacérselo pagar. Si logro un éxito, te pasaré la factura

porque también tú vas a correr con los gastos... Lou, ese número...

Lou se lo dio y Martin marcó en el dial.

Oyó tres zumbidos a la otra parte antes de que descolgasen el auricular.

—Oiga, quiero hablar con el director del festival, Stanley Lawrence...

—No puede. Ya se marchó.

—Oiga, es muy urgente... Cuestión de vida o muerte.

—El señor Lawrence se marchó al «Mardor-Astoria». Allí se está celebrando una fiesta para entregar los premios a los que ganaron el concurso.

—Gracias, amigo —dijo Duke y colgó—. Vámonos, Lou.

—¿A dónde?

—A un lugar donde podrás seguir comiendo, y además será gratis.

Ante aquella perspectiva, Lou hizo un gesto compungido.

—Cenamos todavía no hace una hora.

—Entonces, vete al hotel y espérame.

—Oh, no, de ninguna manera. Si es gratis, comeré por el día de mañana.

Duke admitió que Lou pudiese hacer aquello porque a veces se había preguntado si su amigo no tendría un estómago como el de los camellos.

Los dos caminaron hacia la puerta cuando Patrick Furness dio un grito.

—¡Esperen...!

—¿Qué pasa, Patrick? —Se volvió Duke.

—Si viene la policía a preguntarme sobre Byrnes, diré que no lo conozco y que tampoco os conozco a vosotros... ¡No quiero que den mi nombre en ninguna parte!...

Duke atrapó por el brazo a su amigo, y ambos salieron de la oficina.

—Perdiste una oportunidad. Duke —dijo Lou—. Seguro que Patrick estaba dispuesto a escupir más dinero porque no lo mezclásemos.

—Dejaremos que se cueza un poco en su jugo y le sacaremos otros mil —dijo Duke.

Lou agrandó los ojos admirando la inteligencia de su amigo.

CAPÍTULO V

Duke y Lou entraron en el alto edificio en que se ubicaba el «Mardor-Astoria».

Duke preguntó en el «comptoir» y recibió la respuesta de que la fiesta organizada por Lawrence se celebraba en la segunda planta, salón de recepciones, también llamado Salón Oriental.

Subieron en un ascensor, pero al llegar al Salón Oriental se encontraron con que un portero estaba exigiendo la tarjeta a los invitados.

—Duke, no podemos entrar —dijo Lou—. ¿O vas a poner en práctica el truco de que se te olvidó la invitación encima del piano?

—Eso está ya muy visto.

En aquel momento, Duke vio que cuatro hombres entraban por una puerta que debía conducir a la cocina.

Se fue para allá y escuchó a uno de los hombres que decía:

—Agencia Mortimer.

Otro hombre llegó en aquel momento y dijo lo mismo.

—Agencia Mortimer.

Duke dio un codazo a Lou y le indicó que lo siguiese.

Los dos penetraron por el hueco y se encontraron con un hombre que manejaba lápiz y bloc.

—Agencia Mortimer —dijo Duke.

—¿Dos?... Está bien. Vayan a la habitación del fondo y cámbiense rápidamente... Se lo tomaron con demasiada calma, muchachos.

Duke y Lou fueron a la habitación que el hombre les indicó y vieron que varios tipos estaban cambiando su traje por el de camarero. Uno de éstos, de unos sesenta años dijo:

—Vayan al fondo y ocupen los armarios veintidós y veintitrés.

Los dos amigos llegaron al fondo y Lou balbuceó.

—Duke, yo nunca fui camarero...

—Hay que aprender de todo en esta vida.

—¿Pero cómo voy a servir?...

—Siempre por la izquierda, y retira los platos por la derecha.

—Servir por la izquierda, retirar los platos por la derecha — repitió Lou mientras se ponía la chaquetilla de camarero.

El hombre de los sesenta años hizo sonar palmas.

—Mi nombre es Fred Lean y soy el jefe de todos ustedes. Estarán a cargo de la mesa presidencial. La agencia Mortimer nos aseguró que nos enviaban seis camareros con experiencia... ¿Listos, muchachos?...

Se oyó un runruneo que quería decir un sí.

—En marcha...

Salió Fred y detrás, en fila india, fueron sus subordinados.

—Eh, Duke... —dijo Lou—. Este pantalón me queda estrecho.

—Por un rato, nadie se va a enterar.

—Pero lo reventaré en cuanto me incline. Resulta que no hay camareros de mi talla.

—Te desarrollaste demasiado, Lou.

Los camareros se estaban haciendo cargo de las bandejas que ya estaban preparadas.

Lou trató de atrapar su bandeja, pero no supo por dónde meterle mano para ponérsela.

Duke le ayudó.

—Duke, no podré llegar con esto muy lejos. Se me caerá muy pronto... Lo presiento.

—Es langosta pon mayonesa, Lou. Si se te cae procura no manchar demasiado a la persona que tengas cerca.

—Demonios, langosta con mayonesa. No la como desde hace más de siete meses. Se me está ocurriendo una idea...

—No, Lou... Olvídala.

—Podemos irnos a la planta de abajo, y despachamos la langosta por nuestra cuenta...

—Quiero entrar en el salón donde se está celebrando la fiesta para que me contesten a unas preguntas que me estoy haciendo desde hace rato.

El jefe de los camareros dio un silbido.

—¿Listos, muchachos?... ¡Adelante!

La hilera de camareros se puso en marcha.

Duke se reservó el último lugar de la fila para vigilar a Lou.

Cerró los ojos al ver que su amigo hacía esfuerzos sobrehumanos por conservar el equilibrio de la bandeja.

Entraron en el salón donde se habían reunido unos doscientos comensales.

La mesa presidencial estaba al fondo, llena de flores.

Stanley Lawrence, director del festival, se hacía acompañar por los ganadores de las distintas modalidades artísticas.

Patricia Connery, estaba a la derecha de Lawrence. Clint Harrison parecía muy alegre.

Duke y Lou fueron a parar a un extremo de la larga mesa.

Lou se dispuso a servir a una señora de cincuenta años que estaba hablando con otro comensal.

—Deje la cháchara, anciana...

La señora dio un respingo y levantó la cabeza, con tan mala fortuna que golpeó la bandeja.

—Allá va —dijo Lou.

Instintivamente, la señora se levantó más. Y ésa fue su perdición porque recibió langosta en la cara.

La mayonesa se fue para otro lado. Para el interlocutor de la señora de los cincuenta años.

En unos segundos, la cara del hombre quedó convertida en una máscara amarilla, pero indudablemente, era un estoico porque se quedó quieto, sintiendo cómo la salsa resbalaba por su piel hacia la pechera.

La señora dio un grito porque la langosta se le estaba introduciendo por el escote.

Lou la sacó antes de que desapareciese.

Estaba tan nervioso que sólo se le ocurrió pegarle una palmada a la langosta.

—Es una inmoralidad lo que ibas a hacer, muchacho...

El jefe de camareros, Fred Lean, acudió presuroso al lugar de la catástrofe.

—¿Qué ha pasado aquí?...

—Yo se lo diré, amigo —contestó Lou—. ¿Por qué invitan a gente que está hambrienta?... Ni siquiera quisieron esperar a que

les sirviese en el plato.

—¡Qué vergüenza! —dijo el jefe de camareros hecho un lío.

La señora gritó:

—Soy Collen Muyen, la eximia cantante del Metropolitan House. Jamás me habían hecho una afrenta como ésta... Exijo que este camarero sea sancionado...

—Ya lo oyó, jefe —dijo Lou—. Se ha lucido... ¿Cómo pudo hacer una cosa como ésta?

El jefe de camareros había perdido ya el control de lo que estaba pasando allí...

—Perdóneme, señora —dijo—. Seguramente fue un tropezón.

Lou sacó el lápiz que vio en el bolsillo de Fred Lean y se lo dio a la señora Muyen. Le tendió el puño de la camisa.

—Por favor, un autógrafo... —Se inclinó demasiado y su pantalón se desgarró.

El acompañante de la eximia cantante se limpió la cara con una servilleta.

—Nunca había comido una mayonesa tan exquisita —dijo.

Collen Muyen había firmado ya el autógrafo en el puño de Lou. Fue entonces cuando el jefe de camareros pudo reaccionar. Dio la impresión de que iba a sufrir un ataque al corazón.

Puso una mano sobre el hombro de Lou y dijo:

—¡Venga conmigo ahora mismo!

—Excúseme —dijo Lou.

Fred Lean llevó a Lou a unas yardas de la mesa y le preguntó congestionado.

—¿Dónde sirvió usted antes?

—Al príncipe Vladimir.

—No me diga...

—Usted me preguntó y yo le contesté.

—Vaya a la cocina por otra bandeja y no vuelva a acercarse a la señora Muyen. Yo me ocuparé de ella.

—Sin avasallar, ¿eh, jefe?... Sin avasallar.

Lou se encaminó hacia la cocina.

Mientras tanto, Duke estaba sirviendo a los invitados que le habían tocado en turno. Y al que ahora tenía que servir era a Clint Harrison.

Una orquesta interpretaba la antigua pieza de Cole Porter

«Noche y día».

—Eh, señor Harrison —dijo Duke—. Ésa sí que no la podrá robar. La conoce demasiada gente.

El ganador del primer premio levantó la cara y, al reconocer a Duke, enarcó las cejas.

—¿Qué hace usted aquí...?

—Me envió Norman Byrnes.

—¿Quién...?

—Norman Byrnes... Un tipo de unos cuarenta años, moreno, con una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda...

—Si es un chiste, no tiene ninguna gracia.

—No era un chiste, Harrison.

—¿Quiere servirme de una vez la langosta?

—¿Con o sin pinzas...?

—Oiga, señor Martin. Que yo sepa, no está autorizado que un camarero hable con los clientes.

—¿Todavía no se ha dado cuenta de que vivimos en una democracia?... Pero volvamos al señor Byrnes. Tengo que darle una mala noticia. Murió...

—¿Cómo...?

—Dijo antes que no lo conocía, Harrison.

Los ojos de Clint relampaguearon.

—Desde luego. No lo conocía.

—Está bien, Harrison. Le diré cómo murió. Aplastado por un automóvil.

—No me interesa lo que me diga acerca de ese amigo suyo.

—No era amigo mío, y debo agregar que lo conocí en unas circunstancias muy extrañas.

—Le he dicho que no me interesa...

—Acudió a la oficina de un agente de negocios sucios. Byrnes quería una falsa documentación para abandonar el país esta misma noche... Era tal su urgencia que estuvo dispuesto a pagar hasta cinco mil dólares.

A pesar de que Harrison había dicho que no tenía ningún interés, estaba palideciendo por segundos.

—Harrison —machacó Duke—, salgamos de aquí y hablemos del asunto.

—No tengo nada que hablar con usted...

—Le falta saber lo más interesante de todo... Byrnes murió cantando su supuesta canción, «Ya llegó la primavera».

—No...

—Así fue, señor Harrison. Y eso quiere decir que usted y él estaban relacionados...

—Déjeme en paz después que me haya servido la langosta, ¿o es que quiere que llame al jefe de camareros?

—Aquí tiene su langosta. ¿Mucha o poca mayonesa?

—Con dos cucharadas tengo bastante.

Duke le sirvió dos cucharadas.

—Si cambia de opinión, me encontrará aquí, Harrison.

—Váyase al infierno.

—Eso fue lo que hicieron con Byrnes, enviarlo al infierno, y me gustaría mucho saber quién decidió ponerlo en camino. Escúcheme esto, Harrison. Lo voy a descubrir aunque me arranque la piel.

Dicho esto, Duke cambió de lugar acercándose a Patricia Connery.

La joven, que había estado hablando todo el rato con el director del festival, volvió la cara e hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué es lo que hace aquí, Duke?...

—Ya lo ve, sirvo de camarero.

—No sabía que lo fuese.

—No lo soy. Pero me dije que debía estar cerca de una muchacha tan linda como usted.

—Creo que es un gran bromista —sonrió Patricia.

—Conocí a un tipo más ingenioso que yo. Norman Byrnes. Quizá también ha sido amigo suyo.

La joven no demostró ninguna emoción al oír aquel nombre.

—No, no conozco a ningún Norman Byrnes.

Duke decidió que la chica decía la verdad, a no ser que fuese una gran actriz, además de una gran cantante.

—¿Ha vuelto a saber algo de Tony Kerr, o de Ernest Adams, Patricia?

—No —contestó la joven.

Martin le sirvió la langosta con mayonesa.

Hizo un gesto de despedida a la muchacha y pasó al lado del director del festival, pero éste ya estaba servido.

—¿No lo he visto a usted en alguna parte? —preguntó

Lawrence.

—En el teatro «Vanity». Soy amigo de Patricia Connery.

—Sí, ahora lo recuerdo.

—Le traigo un mensaje de Byrnes.

—¿Quién...?

—Norman Byrnes. Me dijo que lo disculpase por su ausencia, pero tenía que irse al otro mundo.

El director del festival entornó los ojos.

—¿Está usted loco?

—¿A usted qué le parece, señor Lawrence?

—No entiendo una palabra de lo que me acaba de decir.

—No se preocupe. La próxima vez seré un poco más claro. Hasta luego, señor Lawrence.

Duke se apartó de la mesa. No vio por los alrededores a Lou y se encaminó hacia la cocina. Pero tampoco estaba allí.

Fue a la habitación donde se cambiaron de ropa.

Lou estaba sentado ante una mesa, despachando una fuente de langosta con mayonesa.

—Lou, si te atrapan con las manos en la masa, te echarán de aquí.

—Que me echen. Esto es lo único que voy a ganar. Pruébala, Duke... Está para chuparse los dedos.

—Comimos hace un rato, recuérdalo, Lou...

—Sí. Pero no esto.

—Está bien, pero en cuanto termines, acuérdate que estás de camarero.

Duke salió de la habitación.

En ese momento, uno de sus compañeros, que tenía el teléfono en la mano dijo:

—¿Alguno de ustedes se llama Duke Martin?

—Yo soy.

Duke atrapó el auricular.

—Duke Martin al habla —dijo.

—Señor Martin, parece ser que a usted le gusta el jaleo.

—¿Quién habla?...

—¿Ve cómo le gusta el jaleo?...

—¿Quién es usted?

—Su consejero sentimental...

—Estupendo, entonces présteme su rubia.

—No sea estúpido, señor Martin... Si es la mitad de listo de lo que cree ser, se va a estar quietecito... No moleste a las personas... Si no me obedece, se encontrará con complicaciones tan gordas que no tendrá manos bastantes para quitárselas de encima.

—¿Qué se supone que no debo hacer?...

—¿Por qué ha de interesarse por uno de los muchos accidentes que ocurren todos los días en Nueva York?... Lea las estadísticas del tráfico y verá que los peatones son atropellados continuamente. Y la mayoría de las veces es porque no ponen cuidado al cruzar la calle.

—Pero no siempre se dan a la fuga los autos que producen los accidentes.

—No siempre, pero algunas veces lo hacen, señor Martin. ¿Y por qué?

—Eso. ¿Por qué?...

—Es la mar de sencillo, señor Martin. Si el que va al volante, no es culpable del accidente, ¿por qué diablos ha de correr el riesgo de que le busquen complicaciones?... Ahí tiene la respuesta que buscaba. No le dé más vueltas, señor Martin. ¿Verdad que su conciencia queda más tranquila ahora?... El hombre al que usted asistió en la calle, fue víctima de un descuido suyo, sólo eso, señor Martin... Ahora lo que usted debe hacer es sacar la moraleja y no tener ningún descuido... No lo tenga, señor Martin, se lo aconsejo. No lo tenga...

Dicho esto, el desconocido colgó.

CAPÍTULO VI

Duke salió de la cocina después de haber colgado el receptor.

Patricia departía con un hombre joven, de cabello rubio.

En la mesa presidencial había dos sillas vacías. La del director Lawrence y la de Clint Harrison.

Duke se acercó a la joven.

—Patricia, ¿a dónde fueron el señor Lawrence y Harrison?

—El señor Lawrence recordó de pronto que tenía que llamar a un periodista, pero Clint no dijo a dónde iba. Lo vi salir a la terraza.

Duke le dio las gracias y se encaminó a las cabinas telefónicas que se ubicaban con el vestíbulo.

Dentro de una de ellas estaba Lawrence hablando por el receptor.

Duke abrió la puerta. Lawrence dio un respingo.

—¿Eh, por qué entra?... ¿No ve que está ocupada?

—¿A quién llama?

—No es cuenta suya.

—¿Preguntó acaso a su matón particular si me amenazó para que me estuviese quieto?...

Lawrence apretó los dientes. Tras una vacilación habló por el micro:

—Te llamaré luego, querida. Ha surgido algo inesperado que debo atender inmediatamente.

Colgó en seguida y clavó sus ojos centelleantes en la cara de Duke.

—¿Qué es lo que pretende usted, señor Martin...?

—En primer Jugar, no creo que estuviese hablando con una mujer.

—¿Quiere decir de una condenada vez qué es lo que se trae

entre manos?

—Un desconocido me llamó a la cocina y me dijo que si continuaba investigando la muerte de Norman Byrnes, me pasaría también un auto por encima.

—Oiga, no sé quién es Norman Byrnes ni entiendo una palabra de lo que me dice. Le voy a informar de algo que quizá ignore. En el salón hay dos policías, y si vuelve a molestarme, daré orden de que lo detengan.

—¿Bajo qué acusación?...

Lawrence fue a contestar, pero no encontró las palabras que buscaba y, entonces, salió de la cabina y se encaminó hacia el salón.

Duke dio un suspiro. Un sexto sentido le advertía que allí había gato encerrado y que Stanley Lawrence no era ajeno al asunto. Pero, al mismo tiempo, se decía que sería difícil hacer hablar al director.

Fue a la terraza. Una pareja de jóvenes hablaban muy quedamente en un rincón.

La terraza tenía forma de L. Harrison no estaba a la vista, de modo que fue a la esquina para mirar el otro lado de la L.

Se detuvo de pronto al oír la voz de Clint.

—Ustedes van a jugar limpio conmigo.

—Claro que sí —contestó una voz grave.

—Sé lo que han hecho con él.

—No sé a qué se refiere, señor Harrison.

—No se haga de nuevas. Se han cargado a Norman Byrnes. Lo atropellaron en la calle. Un auto le pasó por encima.

—¿Qué me dice, señor Harrison?... ¿Norman Byrnes accidentado?

—A mí no me pueden engañar. Sé que fueron ustedes. Byrnes se convirtió en un elemento peligroso y decidieron eliminarlo.

—Cálmese, señor Harrison.

—Lo han asesinado.

—Le he dicho que se tranquilice, señor Harrison.

—Les voy a hacer una advertencia. Quizá yo pueda hacerles mucho daño y no vacilaré en hundirlos como intenten algo contra mí.

—Señor Harrison, está un poco excitado. Seguro que se debe a su éxito. Le llaman la embriaguez de la fama.

—Déjese de tonterías y tenga en cuenta lo que le he dicho.

—Lo tendré en cuenta, señor Harrison. No lo dude.

—Muy bien. Hablemos ahora del negocio. Quiero los veinte mil para mañana.

—Ése no fue el trato, señor Harrison. Tendrá usted el dinero en el día señalado.

—Cambié de opinión y lo quiero mañana.

—No, señor Harrison, no puedo hacer eso.

—¿Quién dice que no, amigo?...

—Oiga, Harrison, estuvimos de acuerdo con las condiciones que nos impuso. No puede ahora variarlas.

—Necesito ese dinero para mañana.

—¿Para qué?

—No tengo por qué darles explicaciones.

—Señor Harrison, sea más comprensivo.

—Ya lo soy con exceso. En cuanto me informaron de la muerte de Norman Byrnes, he podido avisar a la policía. Pero no lo he hecho. Eso ya es bastante para variar las condiciones... No voy a repetírselo más, amigo, quiero los veinte mil dólares mañana. Y los quiero antes de mediodía. Envíeme el dinero a mi apartamento con un mensajero.

—Está bien, señor Harrison.

—Celebro que sea tan comprensivo.

Duke oyó que unos pasos se alejaban. Dobló rápidamente la esquina porque quería ver al interlocutor de Harrison. Pero ya había entrado por una puerta.

Casi tropezó con Harrison en el momento en que éste se ponía a andar.

Clint lo atrapó por el brazo.

—Eh, usted, ¿qué hacía ahí?...

—¿Quién era el hombre con el que hablaba?

—De modo que estuvo espiándonos...

—Seguro, Harrison. Escuché una gran parte de su conversación.

—¿Qué cosa escuchó?

—Me informé del chantaje que usted está haciendo. Le pidió veinte mil dólares que le enviarán mañana con un mensajero.

—Se equivoca. No es un chantaje. Ese hombre con el que me oyó hablar es un presidente de una importante casa grabadora de

discos.

—No me diga.

—He contratado con ellos la exclusiva de mis cuatro próximas canciones.

—Es un condenado embustero, Harrison.

—¿Quiere que le rompa la boca?...

—Dijo que no conocía a Norman Byrnes. Habló con ese tipo de Byrnes y lo amenazó con informar a la policía.

Clint hizo una pausa mientras llevaba aire a sus pulmones.

—Después de todo, acerté en mis cálculos. Usted es uno de esos entrometidos.

—Oiga, Harrison, esos hombres no vacilaron en asesinar a Norman Byrnes y harán lo mismo con usted... No piensa avisar a la policía porque se le echaría a perder el negocio, ni quiere renunciar a ese dinero que cree poder sacarles. Pero estoy seguro de que se equivoca. Se lo cargarán antes de que usted pueda tocar un centavo.

—¿Qué más, señor Martin?

—Estoy dispuesto a ayudarle, Harrison.

—¿Por cuánto?

—A cambio de nada.

—Es usted muy persuasivo, señor Martin. Yo le digo en qué consiste el asunto y luego usted hace el negocio por su cuenta.

—No, Harrison.

—Olvídese de mí, Martin.

—Si no me lo dice por las buenas, lo va a soltar por la fuerza.

—¿Cree que me puede ganar en una pelea?

—Seguro, le hice una demostración en la habitación de Patricia. Bastó que hiciese un quiebro para que usted se derrumbase, pero ahora van a ser mis puños.

De pronto, Duke sintió que lo golpeaban en la cabeza. En el cielo había muchas estrellas, pero ahora tuvo la impresión de que aparecían muchas más. Luego, todo se apagó a su alrededor.

Cayó en el suelo, pero no perdió el conocimiento.

—¿Qué hago con él, Harrison?... —Oyó que preguntaba el desconocido que lo había golpeado.

—Arrójelo por la terraza.

—¿A la calle?

—Claro, estúpido, a la calle.

—Se matará...

—Tiene un gran talento. Eso es precisamente lo que quiero...
Que se despanzurre.

—Écheme una mano y lo arrojaremos entre los dos en un momento, Harrison.

—Ya falto demasiado tiempo del salón. Lo hará usted solo.

—Está bien, Harrison.

Duke oyó que Clint se alejaba. Había quedado a solas con su verdugo, el hombre que lo iba a arrojar desde aquella planta a la vía pública.

Podía escuchar perfectamente, pero hasta ahora no había logrado mover un solo dedo. Era como un niño indefenso.

Pensó en Lou y en que él podría haber evitado su muerte. Pero Lou estaba en aquella habitación, comiendo langosta con mayonesa, porque hacía siete meses que no la probaba.

—Vamos, muchacho —oyó que decía el verdugo mientras le pasaba los brazos por debajo de las axilas.

De pronto oyó otra voz que decía:

—¿Eh, qué pasa aquí?

Duke identificó la voz del jefe de los camareros.

—Este camarero se emborrachó —dijo su verdugo— Quería llevarlo al salón, pero ocúpese de él ya que está aquí.

—Maldita sea, es el compañero del grandullón. Vaya pareja de inútiles. Gracias por el auxilio que le prestó. Ahora me encargaré yo de él.

Duke alzó la cabeza. Quería ver la cara del hombre que lo iba a matar. Pero ya el fulano se alejaba hacia la puerta por la que había desaparecido Harrison.

El jefe de camareros le golpeó las mejillas.

—No vino aquí como invitado, sino para servir las mesas.

Duke sacudió la cabeza y pudo ver ya con bastante claridad la cara de Fred Lean.

—Hola, jefe... Déjeme que le dé un beso por salvarme la vida.

—Todos los borrachos dicen lo mismo. Al menos, debió ser un poco más original.

—No estoy borracho, jefe —contestó Duke llevando la mano al lugar donde había recibido el golpe.

—Oh, no, claro. Usted no es el borracho, sino yo. Vamos,

levántese, si es que puede.

Duke se incorporó tambaleándose.

—Informaré de esto a la agencia Mortimer. No volverá a servir un plato, se lo aseguro... Quítese ya ese uniforme y lárguese. Y no espere cobrar un centavo por el poco servicio que hizo.

—Me quejaré al sindicato.

—Quéjense en el infierno, si quiere.

El jefe de camareros se alejó de Duke.

Éste pensó que todavía estaba demasiado débil y que no le convenía quedarse allí, pues podía volver el verdugo.

Se dirigió a donde estaba Lou Bates. Su amigo había terminado con la bandeja de langosta y estaba atacando otra.

—Eh, Duke, ¿estás seguro de que no quieres probarla siquiera?

—Tú comiendo langosta con mayonesa y yo a punto de perecer.

—¿De qué hablas, Duke?...

Martin le contó lo que había pasado en la terraza.

Lou se puso en pie.

—Maldita sea, se lo voy a hacer pagar a Clint Harrison.

Duke tenía un dolor de cabeza terrible y quiso decir a Lou que esperase, pero ya éste había salido de la habitación.

Acercóse al lavabo. Puso la cabeza debajo del grifo y dejó correr el agua.

Poco a poco, empezó a sentirse mejor.

Entonces le vino a la memoria lo que Lou había dicho de ajustarle las cuentas a Clint, y echó a correr.

El jefe de camareros Fred Lean sostenía una bandeja con cuatro piñas. Y las cuatro piñas y la bandeja se fueron por el aire cuando Duke le golpeó el brazo.

—Disculpe, jefe. Pero tengo prisa por tomar el tren de las nueve cuarenta y cinco.

Fred Lean soltó un aullido.

Duke irrumpió en el salón, pero ya era demasiado tarde.

Lou estaba colocando su derecha en la cara de Harrison. Lo que ocurrió después fue para verlo.

Clint voló y fue a caer en la mesa presidencial, sobre la cual se deslizó, arrastrando consigo platos, cubiertos, flores, copas...

Algunas mujeres dieron chillidos.

Los hombres trataron de huir de aquel proyectil humano, pero

sólo consiguieron caer de la silla.

Un tipo, que indudablemente estaba borracho, se levantó gritando:

—Muchachos, esto es un film del Oeste. Se rueda la pelea del salón.

Atrapó un plato y lo estrelló en la cabeza del comensal más cercano. Éste se revolvió y le asestó el puño en la cara.

Cuatro individuos se incorporaron a la pelea.

El alboroto se fue generalizando.

El director del Festival de la Canción Super-Moderna, Stanley Lawrence, pegó aullidos llamando a los que debían cuidar del orden.

Duke corrió hacia Lou porque quería librarlo de la policía.

—Vámonos de aquí, muchacho...

—Eh, Duke. Es ahora cuando esto se pone bueno...

—Sabrán quién organizó el tumulto y los dos iremos a la cárcel.

Al oír aquella palabra, Bates reaccionó favorablemente. Ya había estado alguna vez en la cárcel.

Echó a correr junto a su amigo hacia la cocina para recuperar su vestimenta.

El jefe de camareros salía en aquel momento y lo arrollaron, pero continuaron su carrera hacia la habitación de los armarios, donde febrilmente se desprendieron de sus chaquetillas y pantalones de camarero.

Estuvieron listos en pocos segundos.

Oyeron unos prolongados silbatos.

—Ya llegó la policía —gimió Lou.

—Saldremos confundidos entre los invitados.

Bates señaló la segunda langosta que minutos antes estaba engullendo.

—¿Me la puedo llevar, Duke?

—Otro día, muchacho. Ahora nos serviría de estorbo.

El jefe de camareros, otra vez rojo de ira, los apuntó con el dedo.

—Ustedes son los culpables de esta catástrofe.

Duke sacó unos billetes y los puso en el bolsillo superior de Lean.

—Cómprese una chuchería, abuelo, y olvídense de todo esto. Sólo

fue un caso de mala suerte para usted.

En el salón, el tumulto era indescriptible. Habían entrado varios agentes de uniforme que trataban de separar a los contendientes.

Martin buscó con la mirada a Clint Harrison porque hubiese querido atraparlo. Pero, tal como estaban las cosas era como buscar una aguja en un pajar.

Abandonaron el salón y bajaron la escalera saltando los peldaños de tres en tres.

Al llegar a la calle, echaron a andar rápidamente, mezclándose entre la gente.

Lou sonrió palmeándose el estómago.

—Después de todo, lo pasamos divertido y comí langosta para una temporada.

Duke se preguntaba en qué clase de asunto estaría metido Harrison. Si lograba descubrirlo, encontraría también la respuesta a la muerte de Norman Byrnes.

—¿A dónde vamos ahora, Duke? —preguntó Lou.

—A nuestro hotel.

Poco después, llegaban al hotel «El Descanso del Viajero», del que era propietaria Alma Rick, una mujer que pesaba 120 kilos y que estaba siempre en el registro.

—Muchachos —dijo al verlos entrar—. Vengan acá.

Duke y Lou se acercaron.

Alma mostró la sonrisa que perpetuamente dedicaba a aquellos dos huéspedes, una sonrisa mezcla de sarcasmo y rabia.

—Muchachos, llevan cuatro días sin pagar y me estoy preguntando desde hace un rato si no creyeron que esto es un asilo.

—Yo diría que es algo peor que un asilo —contestó Duke—. Yo afirmaré que es uno de esos refugios para dormir del Ejército de Salvación.

—Muy chistoso, pero si no pagan ahora mismo, tendrán que ir a dormir a uno de esos auténticos refugios.

Duke sacó su fajo de billetes, a cuya vista Alma Rick quedó asombrada.

—¿A quién mataron?...

—Tuvimos suerte hoy —respondió Duke—. Fue un tipo que llevaba mucho dinero. ¿Cuánto le debemos, Alma?...

—Quince dólares.

—Aquí tiene treinta y eso cubre unos cuantos días más.

Alma Rick se hizo toda mieles.

—Ya sé. Al fin lograron acertar la potranca que llegaría primero a la meta.

—Su bola de cristal está muy empañada, Alma.

En aquel momento entró en el hotel el sargento Timothy Flagg, de la Brigada de Homicidios. Al ver a los dos amigos junto a Alma, arrugó la nariz. También Flagg era alérgico a los dos aventureros.

—¿Todavía están ustedes en la ciudad?

—Hola, sargento —repuso Duke—. Justamente en este momento estaba pensando en usted.

—¿Sí?

—Me preguntaba si habría logrado atrapar a algún criminal en los últimos ocho meses.

Las orejas del sargento se pusieron rojas.

—Cacé a varios, pero todavía no logré atrapar a los que me interesa meter entre rejas... ¡A ustedes dos!... —Apretó los dientes mientras agregaba—: Pero todavía no pierdo la esperanza. Algo me dice que muy pronto se meterán en un lío...

—Eh, sargento —dijo Lou—. ¿Cómo lo acertó?

Duke pegó en el tobillo a su amigo para que callase.

Pero ya los ojos del sargento habían cobrado nuevo brillo.

—¿Qué asunto es ése, querido Lou?

Duke sonrió.

—Nada, sargento. Bates sólo hablaba en sentido metafórico.

El sargento miró a Alma.

—¿Cuánto deben?...

—Nada.

—¿Cómo? —exclamó el sargento muy sorprendido.

—Acaban de liquidar lo que debían y pagaron algunos días por adelantado.

El sargento convirtió los ojos en rendijas y observó atentamente a Duke.

—¿Qué es lo que se traen entre manos?... ¿De dónde han sacado tanto dinero?...

Lou contestó rápidamente.

—Acertamos la cuarta carrera, sargento.

—¿Quién llegó el primero en la cuarta?...

—«Casco de Oro» —repuso Lou que estaba muy al corriente de todo lo relacionado con caballos.

—Tengo que darle una mala noticia, Lou —dijo el sargento— «Casco de Oro» fue la última potranca en entrar, y eso quiere decir que eligió una mala excusa para justificar el origen de sus billetes.

—Le voy a dar una buena sorpresa, sargento —intervino Duke—. Bates creyó que habíamos apostado por «Casco de Oro», pero yo lo hice realmente por el ganador. No se lo quise decir a él para no contrariarlo. Por eso creyó que ganó «Casco de Oro».

—¿Y quién ganó, Duke?

—«Yasmina».

También lo decía al azar, porque «Yasmina» era una de las cuatro favoritas. Pero vio en la cara del sargento que había acertado. Y Duke pensó que era su primer acierto en lo que iba de año... cuando justamente no había apostado un solo centavo por la potranca ganadora.

—Vamos a la habitación, Lou. Quiero descansar.

Los dos amigos hicieron un saludo y subieron por la escalera.

Alma Rick y el sargento se quedaron en el registro, observando cómo se alejaban.

Cuando estuvieron en su habitación, Bates se quitó la chaqueta y se tendió en la cama.

—Duke, la verdad es que la vida es buena.

—No lo ha sido para Norman Byrnes.

—Eh, Duke, lo mejor será que nos olvidemos de Byrnes y de todo lo demás. Ya oíste al sargento. Tiene unas ganas locas de pillarnos con las manos en la masa.

—¿Olvidas que recibimos dos mil dólares de Norman Byrnes?...

—El no te los dio. Fue Patrick Furness.

—Pero el que escupió el dinero fue Byrnes, y lo menos que podemos hacer por él es descubrir a sus asesinos.

—No, Duke...

—Lo mataron porque sabía demasiado.

—Yo vi una película en que también mataban a un tipo por saber más de la cuenta. Y también a él intentaban matarlo... Es lo que te está ocurriendo a ti, Duke. Te amenazaron por teléfono, te dijeron que te estuvieses quieto, pero tú no les hiciste caso. Y ya ves, faltó poco para que te arrojasen por la terraza del «Mardor-

Astoria».

Duke ya no escuchaba a su amigo porque estaba pensativo.

—He de hablar con Clint Harrison cuanto antes. Y no sabemos dónde se hospeda.

Oyó pasos en el corredor y abrió la puerta.

Era Patricia.

—Hola, Patricia.

La muchacha se volvió. Estaba muy seria.

—Estoy muy cansada, Duke.

Se metió en su habitación y cuando fue a cerrar, Duke se coló tras de ella.

—Duke, también tengo una fuerte jaqueca.

—¿Está enfadada por lo que pasó allí?...

—Sí, claro que lo estoy.

—No fue culpa de Lou.

—¿Cómo se atreve a decir eso?... Lou golpeó a Clint Harrison. Y ya sé que su amigo es incapaz de mover una mano si usted no se lo ordena.

—Se equivoca, Patricia. Es cierto que Lou armó aquel jaleo, pero lo hizo porque le sentó muy mal que me intentasen matar.

—¿Cómo?

Duke le contó lo que había pasado en la terraza.

La joven arrugó el ceño.

—Está fantaseando, Duke.

—Le he dicho la verdad. Mataron a Norman Byrnes, y Harrison está metido en el asunto. ¿Sabe usted algo, Patricia?

—Es como si me hablasen japonés, Duke.

—Me gustaría que no me engañase.

—Oiga, yo sólo vine a Nueva York para competir en la final de la Canción Super-Moderna. Todo lo demás me tenía sin cuidado.

—Está bien. ¿En qué hotel se hospeda Clint Harrison?

—¿Para qué lo quiere saber?

—He de hablar con él.

—Ustedes pelearán.

—Patricia, sólo quiero hablar con Clint para tratar de descubrir a los asesinos de Norman Byrnes. Es muy importante.

La joven titubeó unos instantes, pero al fin respondió.

—Hotel Imperial, habitación ciento cuarenta y dos.

—Gracias.

—Duke se dispuso a salir, pero ella lo tomó por el brazo.

—Espere un momento, Duke. Clint tiene un carácter muy agresivo. Ya lo vio usted aquí cuando se conocieron.

—Tendré cuidado.

Martin salió de la habitación.

No quiso decirle nada a Lou, de modo que bajó la escalera.

En el registro, Alma Rick y el sargento estaban hablando de sus cosas y se interrumpieron al ver salir a Duke.

Veinte minutos más tarde, Martin entraba en el hotel Imperial.

Subió en el ascensor hasta la tercera planta, donde se ubicaba la habitación 142. Llamó en ésta.

Oyó pasos tambaleantes que se acercaban por el otro lado.

Le abrieron la puerta, pero no era Clint Harrison quien estaba en el hueco, sino Tony Kerr. Tenía la cara muy pálida y sus ojos estaban congestionados. Manejaba con la diestra una pistola.

—Cuidado, Tony, se le puede disparar —dijo Duke.

—Ya fue disparada.

Duke entró en su apartamento y cerró a su espalda.

Tendido en el suelo vio a Clint Harrison. Estaba boca abajo, sobre un charco de sangre.

Tony Kerr tragó saliva y dijo:

—Está muerto... Ya no robaré más canciones a nadie.

CAPÍTULO VII

Tony Kerr se echó a reír. Primero lo hizo con suavidad, pero luego estremeció los hombros. Eso le hizo perder el equilibrio y retrocedió, apoyándose en la pared.

—Qué bueno, ¿eh, señor Martin?

—No, no creo que sea bueno, Tony.

Kerr señaló con la pistola el cuerpo sin vida de Harrison.

—Todo lo hizo por lograr el primer premio del festival... Iba a conseguir dinero y fama, y ya ve lo que le dieron como premio... Una fosa.

—Deme esa pistola, Tony.

Éste alzó los ojos y los detuvo en la cara de Martin.

—¿Qué es lo que va a hacer, Duke?

—Cuando se descubre un homicidio hay que avisar a la policía.

—¿Y qué le dirá a la policía?

—Será mejor que hable usted con ellos. ¿No le parece, Tony?

Kerr frunció el ceño. Sacudió la cabeza.

—Ya sé lo que está pensando. Cree que lo maté yo.

—Tiene algunos atenuantes. Está borracho y él le robó su canción.

—Yo no lo maté.

—Oh, no, claro que no. Harrison se suicidó.

—Le repito que no lo maté. Llegué poco antes que usted y lo encontré muerto. Le juro que Clint estaba ya ahí sin vida.

—¿Y la pistola?

—La tomé del suelo.

—¿Por qué la cogió?

—Lo hice instintivamente.

—Eso nadie lo va a creer, Tony.

—Escuche, Martin, sólo me llegué aquí para despedirme de Harrison.

—¿Por qué necesitaba hacerlo?

—Usted me convenció cuando me habló al lado del teatro. Sus palabras fueron las más acertadas de cuantas pude oír... Dijo una gran verdad cuando se refirió a que Clint Harrison no tenía el suficiente talento y se vio obligado a robar mi canción, y también que yo podía componer otras muchas. Sólo quería hablar con él para decirle que podía estar tranquilo, que le regalaba la canción... Se lo juro, señor Martin, le estoy diciendo la verdad. ¿Usted me cree?

—Sí, Tony. Yo le creo, pero es la policía quien lo tiene que creer. Kerr se mojó los labios con la lengua.

—¿Cree usted que ellos me creerán?

—Sí. ¿Por qué no?...

—Ahora está mintiendo —se pasó la mano libre por la cabeza—. Cielos, estoy perdido...

—No, Tony.

—Claro que lo estaré.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe y entró en el apartamento el sargento Timothy Flagg. Se detuvo mirando el cadáver que había en el suelo.

—Esta vez mi olfato no me engañó —sonrió tocándose la nariz. Se volvió hacia Duke.

—Vaya, Martin, esta vez lo atrape como yo quería.

—Para ser policía, lo hace bastante mal. Sargento, se ha cubierto otra vez de ridículo.

Tony Kerr no había sido visto todavía por Flagg y dejó oír su voz:

—Levante las manos y no intente nada, sargento.

Flagg se movió rápidamente y vio a aquel hombre que manejaba una pistola.

—De modo que, es un cómplice de Martin.

—No da una en el clavo —dijo Duke.

—¿Quién es, Martin?

—Tony Kerr, compositor de canciones.

—Sí, sargento, soy músico y éste es un instrumento bueno para un solo de muerte. —Así diciendo, Tony agitó la mano con que

manejaba la pistola.

El sargento Flagg llevó aire a sus pulmones.

—Hijo, deme esa arma.

—¿Y qué hará después, sargento?

—Detenerlos a los dos.

—Duke Martin no lo mató, ni yo tampoco.

—Es una historia que oiré con mucho agrado en la comisaría.

Kerr hizo un gesto negativo.

—No me conviene ir con usted, sargento.

—¿Por qué no?

—Ese hombre, Harrison, me robó una canción con la que él ganó el primer premio en el Festival de la Canción Super-Moderna.

—Ya entiendo, y por eso lo mató.

—No, sargento, aunque pensé durante algún tiempo dar a Harrison lo que se merecía. Cuando usted llegó, le estaba diciendo a Martin que, gracias a él, había renunciado a mi venganza...

—Muy bien, Tony, eso es ser un buen cristiano. Mi maestra, la señorita Edith, nos lo decía cuando éramos pequeñas... Nunca se debe ser vengativo. Si tienes un caramelo, repártelo, incluso con tus enemigos...

—¿Qué idiotez está diciendo, sargento?

Timothy Flagg alargó la mano.

—Ande, deme la pistola, hijo.

—Si da un paso más, me obligará a disparar, sargento... Ahora comprendo que no podré convencerles. Todo está en mi contra. Es lo que supuso también el señor Martin. Cometí un error al tomar la pistola del suelo. Con eso me sentencié. Para ustedes no habrá otro asesino más que yo... No hace falta que investiguen nada.

—No debe decir eso, muchacho —repuso el sargento con voz persuasiva—. Nuestro deber es informarnos de todo. Si alguien visitó a Harrison antes que usted, lo sabremos, y entonces habrá quedado demostrada su inocencia.

—Cuénteselo a su tía, sargento, porque yo me largo. Y les doy un consejo, no se muevan de donde están o les juro que aprieto el gatillo.

Se deslizó junto a la pared hacia la puerta.

El sargento Flagg gritó:

—¡Martin, impídalo! ¡No puede dejar que se escape!

—¿Qué quiere, sargento? ¿Qué me lance encima de él para ganarme un plomo? A mí no me pagan los contribuyentes para eso. Gánese usted la medalla.

Tony soltó una risita.

—Es mejor que no se le ocurra hacer el héroe, sargento —dijo. Abrió la puerta.

Duke vio al otro lado del corredor a otro hombre que ya conocía. Era Ernest Adams, el ex prometido de Patricia Connery.

Adams levantó el brazo y lo descargó en el hombro de Tony.

El compositor lanzó un gemido y cayó de rodillas en el suelo, perdiendo el arma.

El sargento se precipitó sobre la pistola con un pañuelo y se apoderó de ella. Al enderezarse, rió con risa de hiena.

—Gracias, amigo, ha contribuido a cazar al asesino. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Ernest Adams.

Duke intervino.

—Adams, no me diga que se llegó aquí para felicitar a Harrison por su triunfo.

—Sólo vine para rogarle que dejase en paz a mi prometida.

—¿Rogarle, Ernest?... Eso sí que es bueno...

—Entren los dos —dijo Flagg.

Kerr se dirigió a un sillón y, dejándose caer allí, se tomó la cabeza con las manos.

Ernest Adams se quedó mirando a Clint Harrison.

—Parece que no le extraña verlo muerto —dijo Duke.

—Supe que lo estaba.

—¿Desde cuándo?

—Desde que llegué a la otra parte del corredor y oí lo que ustedes hablaban.

—Eh, un momento —intervino Flagg—. ¿Quieren contarme de una vez lo que ocurre aquí?

—Yo se lo contaré, sargento —dijo Duke.

—Desde el principio.

Martin explicó toda la historia, incluida la extraña muerte de Norman Byrnes.

El sargento escuchó con un gesto de incredulidad.

—Ya basta, Martin. Ha demostrado ser un buen fabulista.

—¿Qué quiere decir, sargento?

—La muerte de Norman Byrnes no tiene nada que ver con la de Clint Harrison. Eso ha sido una invención suya para armar líos.

—¿Qué interés iba a tener yo en ello?

—Lo averiguaré.

—Entonces, ¿me quiere explicar cuál es su hipótesis, sargento?

—Todo está la mar de claro, Harrison robó la canción a Tony y éste mató a Harrison por venganza. Eso es todo. No hay más.

—No corra tanto, sargento, si es así, también lo pudo matar Ernest Adams.

El aludido miró a Duke con ojos llenos de odio.

—Ustedes son mis testigos. Llegué hace un momento.

—Eso es lo que usted dice, pero pudo venir aquí mucho antes...

Mató a Harrison y salió del apartamento. Quizá vio a Tony Kerr que subía y pensó que era su gran oportunidad para que Tony cargase con el muerto. Sargento, ¿quiere preguntar en el registro si fue realmente ahora cuando llegó Adams?

—Está bien —dijo Ernest—. No hace falta que pregunte, sargento. Vine antes, hace cosa de una hora... Subí aquí, llamé al apartamento, pero nadie me contestó. Entonces me marché. Estuve dando un paseo por la calle, dejando transcurrir el tiempo. Por fin, decidí volver otra vez por si Harrison ya había llegado.

—Sargento —dijo Duke—. Ya le he dicho que Clint Harrison golpeó a Adams y que también el prometido de la señorita Connery juró liquidar a Clint Harrison. Y yo no creo que el motivo de su visita a Harrison fuese para rogarle que le devolviese a su prometida. Vino a este apartamento para matarlo.

—He dicho la verdad —repuso Ernest Adams.

—No, no la ha dicho. Confíese que odiaba a Harrison más que a nadie en el mundo, y que se juró a sí mismo enviarlo al infierno.

Adams miró el cadáver de Harrison y sacudió la cabeza.

—Creo que ya no vale la pena negarlo —se dirigió a Flagg—. Sí, sargento, el señor Martin tiene razón.

Si Kerr no lo hubiese matado, lo habría hecho yo.

—Va a recibir una sorpresa, Adams —dijo Duke—. Kerr no lo mató. Cuando él llegó aquí, Harrison ya estaba muerto.

—No caeré en esa estúpida trampa.

—Usted ya cayó solito, Adams, sin necesidad de que yo le

empujase. Piensa que Tony Kerr no podrá defenderse y por eso ha admitido que se llegó aquí con la intención de matar a Harrison.

—Sargento, puedo demostrar que no miento.

—¿De qué forma?

—Tengo una pistola en el bolsillo. Es el arma con la que pensaba matar a Harrison. Puede tomarla usted mismo y comprobar que no ha sido disparada.

—Bueno, Martin —dijo el sargento—. No sé qué interés tiene en demostrar la inocencia de Tony Kerr, pero esta vez se equivocó.

—Sargento, ¿cómo puede ser tan ingenuo?

—Cuidado, Martin, no sea insolente.

—Lo que quiero decirle es que Adams pudo matar a Harrison sin necesidad de disparar su pistola, la que él tiene. Pudo traer dos, o bien la que fue utilizada pertenecía a Harrison. Eso lo podrá comprobar fácilmente.

—¡Maldita sea, Martin! —gritó el sargento—. Cierre de una vez el pico. Lo está liando todo como siempre... Éste es el caso más claro que yo tuve en mi vida. Fue Tony Kerr quien mató a Harrison y ahora me van a dejar que haga mi trabajo.

Adams sonrió triunfalmente a Duke. Por su parte, Tony continuaba hundido en el sillón, inmóvil, la cabeza entre las manos.

El sargento Flaggs dio el número de la Brigada de Homicidios.

Habló con su inmediato superior, el teniente Clem Hunter, y después de colgar dijo:

—Mis compañeros vendrán en seguida. Mientras tanto, pónganse cómodos.

Duke vio un tocadiscos que estaba encendido. Se acercó a él. Había puesto un disco. Era la canción «Ya llegó la primavera».

—Tony —dijo—. No sabía que su canción había sido grabada.

—Se grabó después que ganó la primera eliminatoria —contestó Tony con voz ronca, sin alzar los ojos.

—Ha dicho que usted llegó aquí y que Harrison ya estaba muerto.

—Sí, pero nadie me cree... Bueno, nadie excepto usted.

—Quiero preguntarle si el disco estaba en marcha.

—Sí, el tocadiscos estaba sonando. Identifiqué mi canción y me quedé al otro lado de la puerta hasta que terminó. Por cierto que han cambiado la letra de una estrofa.

—¿Cuál?

—La del final. Donde dice: «Te espero en Lakeside», No es Lakeside, sino Lincolnville, mi pueblo natal. Quise que el nombre de mi pueblo figurase en la canción.

—¿Sólo variaron eso?

—Bueno, dice Lakeside, en Oregón.

El sargento Flagg intervino.

—Eh. ¿Qué tontería están diciendo? Está claro que usted, señor Kerr, puso en marcha el tocadiscos. Lo hizo para ahogar con la música a todo volumen los estampidos de la pistola.

—Le repito que escuché el disco y eso quiere decir que el asesino acababa de salir. Fue él quien puso en marcha el tocadiscos para que no se oyese el disparo.

El sargento hizo un gesto de cansancio.

—No creeré eso, aunque me lo jure por los huesos de sus antepasados.

Duke Martin encendió un cigarrillo con un fósforo. Luego dejó éste en el cenicero, que estaba al lado del tocadiscos.

Vio por el rabillo del ojo que el sargento estaba pendiente de Tony Kerr y tomó el disco de la canción «Ya llegó la primavera». Lo metió en el interior de la chaqueta presionándolo suavemente con el brazo para que no le cayese.

Poco después llegó el teniente Hunter acompañado por otros policías. Al ver a Duke allí, se llevó una gran sorpresa.

—Sargento, no me diga que Duke Martin está relacionado con esto.

—Sí, se metió, pero esta vez no podemos acusarlo del crimen porque tenemos un candidato mejor. —Flagg contó la única historia que él admitía, la de que Tony Kerr había matado a Harrison porque éste le robó una canción.

Duke había perdido interés, de momento, por convencer a la policía de la relación que existía entre la muerte de Harrison y la de Norman Byrnes.

El teniente se acercó a Martin.

—Duke, empieza a largarse.

—Sí, teniente, en seguida me voy. Hasta la vista —Duke echó a andar.

—Espere un momento, Martin —dijo el teniente.

—¿Qué pasa, Hunter?

—Todo esto es muy extraño. Se relaciona usted con un caso de homicidio y resulta que todo está claro. No me gusta... No me gusta nada.

—Esta vez tuvieron suerte y lo encontraron todo arregladito.

Hunter cerró un ojo y estuvo unos instantes en suspenso.

—Si prepara una de las suyas, le aseguro que no se lo voy a consentir, Duke.

—¿Quién prepara nada, jefe?

—Está bien, váyase.

Martin tomó un taxi y se hizo llevar al hotel «El Descanso del Viajero».

Asomó la cabeza en su habitación y vio a Lou paseando de una pared a otra.

—¡Duke, por fin eres tú!... Me tuviste intranquilo. Creí que tendría que ir a identificarte al depósito de cadáveres.

—Ven conmigo. Quiero hablar con Patricia.

Llamaron a la habitación de la joven.

Transcurridos unos segundos, ésta les abrió. Se cubría con un batín y fumaba un cigarrillo.

—¿Ya habló con Clint, Duke?

—No, Patricia, no pude hablarle. Lo mataron.

—Oh, no...

—Han acusado del crimen a Tony Kerr.

Martin explicó a continuación lo que le había ocurrido en la habitación 142 del hotel Imperial.

La joven se sentó en un sillón.

—Sabía que esto tenía que acabar mal... Pobre Tony...

—Estoy convencido de que él no mató a Clint Harrison.

—¿Quién fue entonces? ¿Acaso Ernest Adams?

—Es posible que tampoco lo hiciese Adams. Patricia. Dígame la última estrofa de la canción, «Ya llegó la primavera».

—No es momento para bromas.

—Le aseguro que estoy hablando muy en serio. No hace falta que la cante, sólo tiene que decir la letra.

—Está bien —la joven hizo una pausa y luego recitó—: «Te espero en Lincolnville... Donde tú y yo nos conocimos... Allí te di mi primer beso... Y en Lincolnville te seguiré besando...».

—¿Cantó alguna vez la canción sustituyendo Lincolnville por Lakeside?

La joven parpadeó.

—No.

—¿Está segura?

—Claro que lo estoy. He repetido un millar de veces la canción. Siempre dije Lincolnville al llegar a la estrofa.

Duke exhibió el disco que había tomado del apartamento de Harrison.

—Ésta es una grabación de la canción, «Ya llegó la primavera». Según dijo Tony Kerr, él oyó un buen trozo, y resulta que en la estrofa no se nombra a Lincolnville sino Lakeside, en Oregón.

—Le repito que yo nunca canté Lakeside.

—¿Hizo usted la grabación de la canción?

—Sí, la hice, y por eso no comprendo nada de eso.

—Muy bien. Vamos a oír y saldremos de dudas.

Duke se dirigió al tocadiscos de la joven, que estaba sobre la mesilla de noche.

Justamente estaba puesto un disco que parecía igual a aquel que tenía en la mano, porque era la canción «Ya llegó la primavera».

Sustituyó un disco por otro, y puso en marcha el aparato.

Se oyó la música de «Ya llegó la primavera», y de pronto alguien se puso a cantar, pero no era una voz de mujer, sino de hombre.

—Es Clint Harrison —dijo Patricia.

La letra era la misma que todos conocían pero, al llegar a la estrofa que la joven había recitado momentos antes, Clint Harrison dijo «Lakeside, en Oregón» y no Lincolnville.

Terminó la pieza, y la joven dijo:

—No entiendo por qué Clint cambió el nombre del pueblo. A mí no me dijo nada. Y no sé siquiera cuándo hizo esa grabación. Yo creí que la única que existía era la mía.

—¿Qué relación puede haber entre Lakeside, en Oregón, y Clint?

—No tengo la menor idea.

—¿Quizá Clint Harrison nació en Lakeside?

—No. Una vez me contó que había nacido en Springfield, Illinois.

Duke dio un gruñido y sacó el disco. Le dio la vuelta. La otra cara, aparentemente, estaba grabada, pero no había ningún título.

Puso el disco por aquella cara en el plato y lo puso en marcha nuevamente.

No se oía nada mientras la aguja se deslizaba.

—Eh, Duke —dijo Lou—. Por ese lado no sale música, ni canción...

El disco ya había llegado a su mitad, cuando de pronto oyeron una voz:

—«Atención. Mi nombre es Norman Byrnes, y quiero grabar aquí algo por lo que es posible me maten...».

CAPÍTULO VIII

—Infiernos —exclamó Bates—. Es el tipo que aplastaron con el auto.

—Silencio, Lou.

Tras una pausa, el hombre que había grabado su voz en el disco, prosiguió:

—«Soy natural de Hamburgo, Alemania, y mi nombre, antes de llegar a los Estados Unidos, era el de Otto Brauer... Durante la segunda guerra mundial, pertenecí a las S.

S. Presté

mis servicios en diferentes puntos de Europa, y finalmente, en el año 1943, fui adscrito al servicio del campo de prisioneros de Mathausen. El jefe de los servicios sanitarios de Mathausen era el doctor Johannes Schneider, quien tenía como ayudante al doctor Herman Koch. Ambos doctores exterminaron durante el tiempo comprendido entre mayo de 1943 y agosto de 1944 a unos cincuenta mil prisioneros. Antes de sobrevenir la derrota, los doctores Schneider y Koch junto con cuatro miembros de las S. S., entre los que me encontraba yo, logramos llegar a un país neutral, y pasamos a América del Sur, a Montevideo. Allí, mediante el pago de una cantidad equivalente a cincuenta mil dólares, entramos en los Estados Unidos, donde cada cual inició una nueva vida. Actualmente, el doctor Schneider vive en Lakeside, Oregón, aunque no he podido saber todavía con qué nombre. El doctor Koch se dedica al negocio del espectáculo con el nombre de Stanley Lawrence. Hace tan sólo dos meses me enteré que mis otros compañeros de las S. S. habían muerto de una forma violenta, lo cual, me hizo sospechar que el doctor Schneider o el doctor Koch, alias Stanley Lawrence, se han propuesto matarnos para no correr

ningún peligro. Mi único afán ahora es escapar del país, para lo cual he pedido diez mil dólares a Stanley Lawrence. Si algo me ocurriese, ellos son los culpables. Hago esta grabación para que mi amigo Clint Harrison pueda presentar una prueba y sean castigados los asesinos».

Terminó la grabación, y el disco se detuvo.

La joven dio un salto.

—¡Ésta es la prueba de que Tony Kerr, no mató a Clint!

—Sí, Patricia. Es concluyente —asintió Duke—. Bastará con que la presentemos a la policía. Aunque debo advertirle que, si se tratase de otra clase de asunto, Sería más complicado, porque los tribunales no aceptan esta clase de testimonio. Pero en este caso concreto, la policía hará investigaciones sobre la verdadera identidad de Stanley Lawrence. Y también buscará a ese doctor Schneider.

Lou se frotó las manos y dijo sonriente:

—Por fin hemos salido del lío... ¿Qué estamos esperando? ¡Vamos a la policía!

—Yo iré con ustedes —dijo Patricia—. Espérenme en su habitación y me vestiré en un par de minutos.

Duke tomó el disco y se fue con Lou a su habitación.

Bates estaba tan optimista que ahora cantaba «Ya llegó la primavera».

De pronto, la puerta se abrió y entraron dos tipos.

Uno era robusto, alto, y el otro delgado. Ambos manejaban pistolas.

Lou se quedó con la boca abierta. Pero Duke reaccionó en seguida.

—Eh, compañeros —dijo—. Se equivocaron de dirección. Es la dueña del hotel la que guarda la caja.

El delgado sonrió siniestramente.

—Usted es un bocazas, Martin.

—¿Me conoce?

—Claro que lo conozco. Es el mayor hijo de perra de la ciudad de Nueva York.

—¿Por qué dice eso, amigo?

—Se le dio un consejo. Debió aceptarlo.

—Sí, compañero. Me dieron un consejo y lo acepté.

—No me diga.

—Me retiré del caso.

Lou se apresuró a sacudir la cabeza en sentido afirmativo mientras decía:

—Es cierto, compañeros. Duke y yo preparábamos la maleta para marcharnos.

—¿A dónde?

—A Lakeside, en Oregón —dijo Lou porque fue el primer nombre que se le ocurrió.

Se dio cuenta de su fallo y, tras morderse el labio inferior, quiso corregir su error.

—No, hombre, no. A Lakeside, no. Si ni siquiera existe en el mapa. Duke y yo queremos ir en viaje de placer al Polo Sur.

—Cierra la boca, pingüino —ordenó el delgado.

Duke Martin se pasó una mano por la cara, y dio un suspiro, ya que Lou, como casi siempre, había cometido el fallo que los colocaba ante el paredón.

El pistolero que hasta entonces no había hablado dejó oír su voz ronca.

—¿Qué saben de Lakeside, en Oregón?

Duke contestó antes de que lo hiciese Lou.

—Mi amigo se refirió a ese pueblo porque ése es el lugar adonde se le fugó su mujer. Escuchen la historia y la encontrarán la mar de divertida.

—Ahórresela.

—Tenemos mucho tiempo por delante.

—No, ustedes no disponen de ningún tiempo.

Duke estaba pensando en que, de un momento a otro, llegaría Patricia y ella también quedaría atrapada.

Había dejado el disco sobre la cama. Si se marchaban ahora, éste quedaría allí, y Patricia podría darle el curso adecuado.

—Está bien, muchachos. ¿Quieren decirme lo que quieren?

—Van a venir con nosotros.

—¿A dónde?

—Cierta persona quiere hablar con ustedes.

—¿Por qué se molestaron? Esa persona pudo hablar con nosotros por teléfono.

—Quiere hacerlo personalmente.

Duke se dirigió hacia ellos.

—Está bien, muchachos. Vámonos de aquí. Nunca me ha gustado hacer esperar a nadie.

Lou no comprendía la táctica de su amigo y rezongó al oír eso.

—Eh, Duke —dijo—, si el jefe de estos fulanos quiere vernos, ¿por qué infiernos no viene él aquí?...

El delgado contestó:

—Cada vez que abres la boca es para decir una tontería, elefante.

—Todavía no me metí con su padre —repuso Lou.

—Métase con él, y le vació la cabeza, tarugo.

Duke quiso poner paz.

—Lou, quiero terminar esto cuanto antes. Pórtate bien, y ven conmigo.

Guiñó un ojo para que su amigo comprendiese.

Lou soltó un gruñido y señaló a los dos tipos.

—Guarden esas pistolas. No me gusta que me lleven a la fuerza a ninguna parte.

—Las vamos a guardar. Pero las tendremos a mano. Con eso quiero decirles que no intenten nada, o sufrirán un ataque súbito de peritonitis.

—Descuide, compañero —dijo Duke—. Lou y yo no somos suicidas.

—Así me gusta.

Duke y Lou salieron de la habitación. Los dos matones guardaron las armas y fueron detrás.

Al bajar la escalera, Bates simuló tropezar. Se volvió rápido, pero el larguirucho dejó ver la pistola entre las solapas de la chaqueta.

—Deje quieta la trompa, elefante.

Lou soltó una imprecación por entre los dientes, y continuó bajando.

Alma Rick estaba en el registro.

—Eh, chicos. ¿Se van de juerga?

—¿Cómo lo acertó, Alma? —repuso Duke.

—Se les nota en la cara.

—Son compañeros del ejército. Hace mucho tiempo que no nos veían.

—Ya sé, se pondrán borrachos como cubas.

—Es posible.

—Entonces, olvídense de mi hotel. No quiero tener aquí borrachos.

—Está bien, Alma. Si nos encontramos mal, nos iremos a la morgue.

Duke sintió la presión de la pistola en la espalda. Era el delgado.

—Vámonos, muchachos. Estamos perdiendo un tiempo precioso y las chicas se van a enfadar.

Duke hizo un alegre saludo a Alma, y todos salieron a la calle.

El delgado dijo:

—He estado a punto de meterle un balazo en la espina dorsal, Martin. No ha debido decir eso de la morgue. No fue un chiste, sino una pista lo que usted quería darle a esa ballena.

—No se ponga así, amigo. No hubo mala intención por mi parte.

Fueron llevados hasta un auto negro.

El robusto dijo que él viajaría en el asiento trasero con Duke y Lou y que su amigo conduciría. Antes de entrar, agregó:

—Este viaje terminará en una casa, pero si se ponen nerviosos pueden acabar en el infierno.

Ocuparon los asientos y el auto se puso en marcha.

Duke estaba satisfecho en parte. Aquellos fulanos iban a recibir su merecido. Pero dudaba mucho acerca de que Lou y él lo viesan.

—Eh, Duke —dijo Lou—. ¿Por qué no cuentas chistes para amenizar el viaje?

Naturalmente, Bates pensaba librarse de los dos gorilas.

—No quiero oír ningún chiste —dijo el robusto que se sentaba entre ellos, pistola en mano—. Si lo que quieren es distraernos, no lo van a conseguir.

—Entonces juguemos a las adivinanzas —repuso Lou.

—Todos vamos a guardar silencio. Empezando por ti... A la próxima palabra va a salir un plomo por este cañón.

Lou ya no dijo nada.

Viajaron por la orilla izquierda del Hudson, hacia el Norte. El auto se metió en una zona urbanizada, donde había casas con jardín.

Poco después entraron en una cochera. Habían llegado al final del viaje.

Los matones salieron con la pistola en la mano, y Lou y Duke tampoco pudieron hacer la menor cosa por recuperar su libertad.

—A la casa, chicos.

Fueron al porche y la puerta fue abierta por una mujer de cabello rubio platino. Tendría unos treinta y cinco años, y era muy hermosa.

—Tardaron demasiado —dijo.

—Lo siento. Úrsula —repuso el gordito—. Pero tuvimos que esperar el momento oportuno.

Fueron al *living*.

En un sillón estaba sentado Stanley Lawrence. Ahora se había puesto gafas, zapatillas, y un batín. Tenía un vaso de *whisky* en la mano derecha.

—Bien venidos, amigos —dijo.

—¿Cómo está, señor Lawrence? —contestó Duke—. Celebro verle. Durante unos momentos creí que habíamos sido víctimas de un secuestro.

Lawrence miró a Duke con ojos carentes de brillo.

—Hizo mucho el tonto, Martin.

—Se ofendió demasiado porque le estropeamos el banquete de la entrega de premios. Sólo le puedo decir que lo siento, señor Lawrence. Pero yo creo que, después de todo, le hicimos un favor.

—¿Usted cree?

—El escándalo que armó Lou con Clint Harrison le servirá como publicidad de su festival. Usted sabe que siempre ocurre así. Los periódicos hablarán gratuitamente de usted y de su concurso. Apuesto a que se habrá ahorrado muchos miles de dólares con los muchachos de la Prensa.

—¿Cuándo va a dejar de decir estupideces, Martin?

Lou intervino:

—Eh, señor Lawrence, no le consiento que insulte a mi amigo. Y si sabe lo que le conviene, debía de tomarlo como secretario. Martin es el tipo más inteligente que he conocido.

—Muchachos —dijo Lawrence—, si el grandullón vuelve a hablar, le dais una píldora para que haga bien la digestión.

Lou fue a protestar, pero al ver que el robusto le apuntaba con la pistola, desistió.

Stanley Lawrence se quitó las gafas y las miró como si notase

que el cristal estuviese empañado o tuviese alguna mota. En esa posición dijo:

—Martin, ¿qué sabe usted de mí?

—Poca cosa.

—Hable.

—Bueno, usted es Stanley Lawrence, el director del Festival de la Canción Super-Moderna. Y eso es todo lo que sé.

—Conoció a Norman Byrnes.

—Sí, casualmente.

—Usted vio cómo moría accidentado.

—Sí, señor Lawrence. Aunque debo aclararle una cosa a ese respecto.

—¿Qué quiere aclarar?

—Que no vi a Byrnes en el momento que lo atropellaba el auto, sino cuando ya estaba tendido en la calle.

—¿Vio también a las personas que viajaban en el auto?

—No.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy.

—Muy bien. Usted vio a Byrnes tendido en la calle, y acudió en su auxilio. ¿No es eso?

—Así fue, señor Lawrence.

—¿Estaba muerto Byrnes?

—No, agonizaba.

—¿Qué le dijo Byrnes?

—Nada.

—Miente.

—Bueno, quiero decir que no me dijo nada inteligible.

—¿Por qué, entonces, fue al hotel donde se celebraba la fiesta? ¿Por qué se hizo pasar por camarero?... ¿Por qué me preguntó sobre Byrnes?...

—Antes de morir, Byrnes cantó la primera estrofa de «Ya llegó la primavera». Eso fue lo que me confundió, y me hizo establecer una relación entre Byrnes y su festival, señor Lawrence.

—¿Qué más? Continúe.

—He llegado a la conclusión de que Byrnes y Harrison eran amigos. Clint robó la canción a Tony Kerr, y se lo dijo a Norman Byrnes en un momento que estaba borracho. Quizá Byrnes amenazó

luego a Harrison con testimoniar en favor de Tony Kerr, si no le daba dinero. Harrison no soportó el chantaje y pagó a asesinos profesionales para que se cargasen a Byrnes. Por último Tony Kerr, mató a Harrison.

—¿Y dónde entro yo en juego?...

—En ninguna parte. ¿O me equivoco, señor Lawrence?

Hubo un silencio en la estancia.

De pronto, la rubia Úrsula exclamó:

—¡No puedes creer a este hombre, Stanley!

—¿Por qué, querida?

—Una voz interior me dice que te engaña.

—Tu intuición femenina, ¿eh?

—Puedes llamarlo como quieras, Stanley. Pero ye te lo dije, esto no podía durar.

—¡Cállate!

—¿Por qué no me haces caso y nos marchamos de aquí?

—No sabes lo que dices. He logrado organizar un festival que me proporciona buenos dividendos... Los empresarios teatrales me ofrecen hasta un cuarto de millón de dólares sólo por traspasarles mi negocio. Me costó unos cuantos años lograr este éxito. No puedo abandonarlo todo ahora por tus prejuicios.

—No son prejuicios, Stanley, sino el temor de que las cosas se pueden torcer.

—¡No se torcerán! Aquí estoy yo para impedirlo.

—Pero, Stanley...

—¡He dicho que te calles!

—Está bien. Como tú quieras.

Hubo un silencio en la estancia.

Stanley volvió a mirar a Duke Martin, se caló las gafas y dijo:

—Usted debe creerme tonto, ¿eh, Martin?

—¿Por qué iba a creer una cosa así?

—Piensa que le he admitido su fábula.

—No le conté una fábula, sino la verdad.

Lawrence hizo chascar los dedos.

La rubia platino fue hacia una puerta y la abrió.

Entró un pelirrojo que se cubría con un traje a rayas.

—Diga, señor Lawrence.

Duke identificó la voz del tipo. Era su verdugo, el tipo que había

intentado arrojarlo desde la tercera planta del hotel Mardor-Astoria.

—Andy —dijo Lawrence—. Cuéntale al señor Martin lo que sabes de él.

—Duke Martin había sorprendido mi conversación con Harrison. Quise asegurarme de que nadie nos había escuchado. Salí por una puerta y entré por otra. Duke Martin estaba dispuesto a sacarle a Harrison todo cuanto sabía. Quiso utilizar los puños con él. Aunque Clint hubiese ganado la pelea, Martin ya estaba enterado de que Harrison estaba chantajeando a alguien porque me pidió los veinte mil dólares para mañana.

—Gracias, Andy —dijo Lawrence y clavó sus ojos en el rostro de Duke—. ¿Qué dice ahora, Martin?

—Oiga, la verdad es que no comprendo nada del lío...

—¿De veras?

—Es usted quien está tirando de la manta, Stanley. Al final me convencerá de que está metido en el asunto.

En aquel momento se oyó una voz femenina.

—Deje ya de mentir, señor Martin. Usted lo sabe todo.

Por la puerta del vestíbulo entró Patricia Connery. Estaba sonriente y tenía un disco en la mano.

Duke sintió que se producía un vacío en su estómago.

Patricia lo señaló con el dedo diciendo:

—Martin sabe quién es realmente usted, señor Lawrence. Escuchó la confesión de Byrnes que está grabada en este disco.

CAPÍTULO IX

—¡Duke! —exclamó Lou—, EL a está con ellos.

—La felicito, Patricia —dijo Martin—. Fue un buen trabajo.

La joven se acercó a Stanley Lawrence y le alargó el disco.

Stanley sonrió a la cantante.

—Gracias por tu lealtad, Patricia.

Úrsula intervino con vos agresiva.

—Yo sé por qué lo hace, Stanley. Ella piensa que tú puedes ser un buen protector en su carrera.

Patricia levantó la barbilla y miró a la rubia platino.

—Desde que gané el concurso, no necesito a nadie.

—Es lo que tú dices, ricura. Pero leo en tus ojos la clase de juego que te traes. Quieres conquistar a Stanley, convertirte en algo más que una pupila suya. ¡Es eso! ¡Quieres ocupar mi lugar!...

—¡Ya basta, Úrsula! —gritó Stanley.

Úrsula dio media vuelta, y echó a correr, saliendo del vestíbulo. Se oyeron sus pasos por la escalera que conducía a la planta superior.

Stanley Lawrence pasó un dedo por la superficie del disco.

—De modo que, el bastardo de Byrnes, hizo una declaración. Me gustará oíría. Pon el disco, Patricia.

La joven obedeció. Puso en marcha el tocadiscos que había sobre una mesa ratona.

Buscó el punto exacto para que no tuviesen que esperar. En seguida se oyó la voz de Byrnes estableciendo su verdadera personalidad, y la de las otras personas que habían convivido con él en el campo de prisioneros de Mathausen y que, al término de la guerra, lograron cruzar el Océano.

Cuando hubo terminado, Stanley soltó una risita.

—Señor Martin —dijo—. Usted jugó y perdió.

—Oiga, Stanley, a mí me tiene sin cuidado lo que usted pudo hacer hace veinte años. Justamente, en Alemania Occidental, están discutiendo la prescripción de los crímenes que ustedes pudieron cometer... Si aquello lo hizo usted por propia voluntad, tendrá que responder ante sí mismo, ya que la justicia de los hombres no puede alcanzarle. Además, hoy es usted un ciudadano americano, y el propio Gobierno de Washington se opondría a su extradición... Puede estar tranquilo.

—No puedo estarlo, señor Martin. Ha hablado usted bien de la cuestión. Desde un punto de vista oficial, probablemente no conseguirían nada contra mí por los medios legales.

—Celebro que estemos de acuerdo.

—No lo estamos.

—Pero usted acaba de decir lo contrario.

—Hablé desde el punto de vista legal.

—¿Hay algo más?

—Claro que hay más, y usted lo sabe... Existen en el mundo varias organizaciones de tipo privado, que se dedican a la caza de los nazis. Especialmente de los que tuvimos una acción destacada en la Alemania de Hitler.

—Oiga, Lou y yo no nos hemos metido nunca en política, ¿verdad, Lou?

—No, señor, sólo nos metemos en política cada cuatro años. En el momento de elegir Presidente y, si quiere saber a quién votamos la última vez, Duke y yo lo hicimos por Ann Margret para Presidente. ¿Vio las piernas que tiene la chica en esa película que trabaja con Elvis Presley?...

—Usted es un tonto del circo, Lou. Un retrasado mental. Si lo hubiese pillado en Alemania... —Stanley se interrumpió.

—Continúe, señor Lawrence —dijo Duke sin poderse contener—. Ande, diga que si hubiese pillado en Alemania a Lou, lo hubiese metido en una cámara de gas.

—Es el único destino que merecen los retrasados mentales.

—Vaya, se quitó la máscara. Ha debido ser muy cansado para usted hacer de agente teatral. ¿A cuántos se encontró durante los últimos años a quienes hubiese exterminado?

—¡A centenares, a miles!...

El llamado Andy intervino sonriente.

—Jefe, Martin dijo que se quitó la máscara. Pero también se la ha quitado él. ¿No le parece?

—Sí, Andy. Ahora sabemos lo qué piensa el señor Martin acerca de mí y de mi pasado.

Duke pudo llevar la comedia más adelante, pero la agresividad de Lawrence hacia su amigo Lou fue la gota que desbordó el vaso. Y ahora no tenía por qué seguir representando.

—Usted es un canalla, doctor Koch.

—Ande, hable, no se detenga —sonrió el antiguo nazi.

—Un hombre puede cometer crímenes, y más tarde arrepentirse, especialmente cuando se encuentra en un país democrático, donde supuestamente todos los hombres son iguales. Sé que los americanos tenemos muchos defectos, pero hasta ahora no habíamos acogido a los asesines. Y si alguno se introdujo entre nosotros, cabría esperar que, al participar en nuestra clase de vida, comprendiera el alcance del mal que hizo antes... Pero usted demuestra que esa esperanza es vana... Cometió sus asesinatos en masa por principios arraigados en su cerebro... Y estaría dispuesto a repetir lo mismo que hizo en Mathausen... Lo haría en Nueva York, en Chicago, o en cualquier otra ciudad americana... No vacilaría en llevar a las cámaras de gas a los que, según usted, no poseen la inteligencia de un superhombre... Fueron derrotados, pero esperan la revancha. Creen que todavía puede haber una oportunidad para ustedes... ¿Es eso, doctor Koch?...

—Se ha puesto nervioso, Martin, y eso me decepciona mucho. Pensé que era un hombre de sangre fría como yo.

—Usted tiene la sangre fría porque es un reptil.

El tipo llamado Andy tiró su puño derecho contra la cabeza de Martin.

Duke fue sorprendido por detrás y se derrumbó en el suelo.

Lou lanzó un grito.

—Maldito sea, Andy, le voy a cascar la cabeza como una nuez.

Pero el tipo delgado se le puso delante y le clavó el cañón de la pistola en el vientre.

—Anda, elefante, intenta algo y te agujereo el ombligo.

Lou hizo rechinar los dientes.

Duke no había llegado a perder el conocimiento y se incorporó.

—Cálmate, Lou.

—Ese tipejo te atacó a traición.

—Ya lo pagará lo mismo que los otros.

Stanley Lawrence soltó una risita.

—Usted no puede hacer nada contra mí, Martin...

—Dijo antes que existen en el mundo organizaciones privadas que se impusieron como deber perseguir a los criminales como usted, aunque se hubiesen escondido en el fin del mundo. De vez en cuando la Prensa se encarga de airear el hecho de que alguno de ustedes ha sido ajusticiado.

—Sé a qué se refiere, a ese compatriota mío que encontraron en Montevideo, metido en un baúl, troceado...

—Sí, y también está Eichmann.

—Eichmann fue un tonto.

—Aunque hubiese sido más listo, lo habrían encontrado. Y también lo encontrarán a usted y al doctor Schneider... No, ninguno escapará. Ya puede estar seguro de que tendrá que rendir cuentas... Y da lo mismo que sea en un tribunal que en el W. C. de una estación ferroviaria.

Una venilla se hinchó en la sien izquierda de Lawrence.

—Cuando ustedes mueran, no habrá nadie que sepa mi verdadera identidad.

—Está equivocado, lo sabe mucha gente.

—No me diga que lo comunicó a la policía.

—No, la policía no sabe nada. Ellos están despistados. Me refería a las personas que lo rodean, a Andy, a Patricia, a estos dos matones, a Úrsula. Cualquiera de ellos, en un momento determinado, sentirá deseos de ganar dinero fácilmente y en abundancia...

—Cállese.

—¿Qué cosa mejor que chantajearlo a usted?... Dijo antes que dirige un buen negocio, que ese Festival de la Canción le está proporcionando hermosos beneficios. Una de las personas que están aquí pensará un día que puede obtener ganancias sin arriesgarse mucho. Bastará con comunicar a cualquiera de esas organizaciones que buscan a criminales nazis la verdadera identidad del hombre llamado Stanley Lawrence.

—¡Le dije que se callase!

—Tiene miedo, ¿eh? Sabe que tengo razón... Pero claro, usted también ha pensado en ello y, apuesto cualquier cosa, a que piensa cargárselos a todos.

Stanley miró a sus subordinados que estaban inmóviles.

—Muchachos, este granuja ha dicho eso para buscar su salvación. Se ha limitado a poner en práctica un viejo principio. Divide y vencerás. Eso es lo que pretende, que cualquiera de vosotros se levante contra mí. Pero sé que puedo confiar en vosotros. Os pago bien y vosotros me correspondéis con fidelidad. Formamos una gran empresa y hemos ganado mucho dinero. Pero todavía ganaremos más.

Martin se puso a aplaudir mientras decía con sarcasmo:

—Ha sido un buen discurso.

Andy levantó la pistola.

—Señor Lawrence —dijo—. Los llevaré a la orilla del río y acabaré con ellos. Puede acompañarme uno de los muchachos. Los dos nos bastaremos para acabar el trabajo.

—Tendremos que esperar un poco, Andy.

—¿A qué tenemos que esperar?

—Muy pronto llegará un visitante que me va a hablar sobre este asunto. Llevadlos a la habitación de arriba. Sólo tendremos que esperar un rato, además, no me gusta ese final, Andy; quiero decir el de pegarles unos cuantos tiros a la orilla del río. Siempre resulta peligroso... Pero eso va a ser un obstáculo. A mi visitante o a mí se nos ocurrirá una bonita forma de acabar con estos dos hombres.

Andy hizo un gesto afirmativo.

—Andando, muchachos. Podréis descansar un poco hasta que llegue la hora de la ejecución.

Martin y Lou salieron de la estancia seguidos por Andy el delgado.

Fueron llevados arriba, a una habitación que contaba con dos camas.

Quando hubieron llegado, Andy se dirigió a su compañero.

—¿Tienes un cigarrillo, Desty? Se me acabaron los míos.

Desty, el delgado, sacó su paquete.

Después de encender con un fósforo, Andy dijo a los prisioneros:

—No quiero verlos paseando por la habitación. Siéntense cada uno en una cama. Y es una orden.

—Demonios, quiero estar de pie —repuso Lou.

—No querrás estar de pie después que te haya metido una bala en la rótula —sonrió Andy.

—Entonces me voy a la cama —dijo Bates y se tendió en uno de los lechos.

Duke no necesitó que lo amenazasen, se echó en la otra cama poniendo las manos bajo la nuca.

Su última esperanza de salir airoso de aquel enredo se había desvanecido cuando Patricia apareció con el disco en que Norman Byrnes había grabado su confesión.

Ya no quedaba ninguna pista, porque el teniente Hunter y el sargento Flagg estaban muy lejos de imaginar la verdadera causa de la muerte de Clint Harrison.

—Andy —dijo interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Cómo mataste a Harrison?

—Fue la mar de sencillo. Yo lo estaba esperando dentro de la habitación cuando él llegó.

Se echó a reír sacudiendo la cabeza y, tras dar una chupada al cigarrillo, prosiguió:

—Tenías que haber visto la cara de estúpido que Harrison cuando me vio sentado en el sillón, apuntándole con la pistola. El había creído que le iba a sacar veinte mil dólares al señor Lawrence... El muy idiota pensó eso... Al verme dijo: «Hola, Andy, ¿qué naces aquí?».

Andy interrumpió su relato para soltar una carcajada.

—Me preguntó qué hacía yo allí y le estaba apuñando con una pistola. Pero yo pensé que era un buen momento para pasar un rato divertido y le dije: «Pasaba por la calle y me llegué aquí para traerte lo que has pedido con tanto interés».

Desty preguntó:

—¿No se imaginó lo que le ibas a dar?

—Claro que sí. Supo en seguida que era plomo caliente porque estaba tan pálido como un muerto.

—¿Qué hiciste entonces?

—Fui al tocadiscos, y puse en marcha «Ya llegó la primavera»... ¿Qué te parece? Era la canción con la que Clint Harrison había ganado el primer premio del concurso...

El delgado Desty se echó a reír. Sus pulmones eran muy

pequeños y, como tenía que respirar al mismo tiempo, su risa producía un extraño silbido. Sus ojos se desencajaron porque la historia de Andy lo había logrado emocionar.

—Y le diste el primer premio...

—Sí, muchacho, se lo di, pero estuvieron a punto de sorprenderme. Apenas salí del apartamento, oí que llegaba el ascensor. Tuve que marcharme muy aprisa a la escalera. Entonces apareció un tipo que estaba borracho. Se quedó junto a la puerta del cuarto escuchando el disco y luego entró. Yo no quise esperar más y me largué...

Desty sacó su pistola y dijo mientras la miraba:

—Mi mejor trabajo lo hice en Omaha hace dos años... ¿Te lo he contado, Andy?

—Me lo has contado un millón de veces... ¿Qué te pasa, Desty? ¿Es que no tienes memoria?

—No, se me olvida todo.

Duke intervino desde la cama.

—Entonces yo te diré lo que va a pasar contigo, Desty. El señor Lawrence te liquidará el día menos pensado... Eso es lo que él hacía en la Alemania de Hitler. Era su especialidad. Para él, un desmemoriado sólo era un retrasado mental, y ahora sigue pensando lo mismo que entonces.

—Andy, ¿es eso cierto? ¿Me matará el señor Lawrence?

—No, Desty. No tienes por qué creer a Martin... Y usted, Martin, será mejor que no trate de seguir con ese juego. El señor Lawrence ya se lo descubrió. No logrará enemistarnos entre nosotros, pero le hago la última advertencia. Si vuelve a repetir otra como ésta, le voy a echar los dientes abajo antes de enterrarle unas balas en el epigastrio.

Lou se incorporó en el lecho y levantó un puño.

—Aquí somos dos para dos. ¿Por qué no ventilamos esto a golpes como los hombres?

—Acuéstate y duerme, rinoceronte. Ya estoy harto de oír tus sandeces.

—Tranquilízate, Lou —dijo Duke.

Bates se volvió a tender en la cama mientras decía:

—Daría cualquier cosa por encontrarme uno a uno con estos puercos...

Duke ya estaba pensando otra vez en buscar una posibilidad de salvación. Recordó a Úrsula, la rubia platino que tenía motivos fundados para temer a Patricia. La cantante de cara ingenua había venido a Nueva York para ganar el primer premio como vocalista, pero ahora tenía el ambicioso plan de sustituir a Úrsula en el corazón de Stanley Lawrence. Eso era indudable, y Úrsula no se conformaba como segundo plato de mesa. Ella podía ser el salvavidas, pero ¿cómo llegar a su lado, hablarla, convencerla para que cambiase de bando? Era absurdo. Completamente absurdo. La salvación tenía que venir de ellos mismos, de Lou y de él. Tenían que arreglárselas para desarmar a aquellos dos fulanos, a Andy y a Desty. Luego, con sus armas, estarían en condiciones de ajustar cuentas a los otros bastardos.

—Desty —dijo—. Yo también me quedé sin cigarrillos.

—No te conviene fumar, muchacho. Has de tener los bronquios limpios para cuando recibas el balazo. Así podrás respirar mejor.

Desty rió su ingeniosidad con grandes carcajadas que fueron coreadas por Andy.

En aquel momento se abrió la puerta y la rubia platino apareció en el hueco con una pistola en la mano.

—No os mováis, chicos. Al que lo haga le vuelo la cabeza.

Lou se quedó asombrado en el lecho, pero Duke saltó de la cama.

Úrsula no le había defraudado. Ella misma cambiaba de bando sin necesidad de que la convenciesen.

Úrsula se metió en la habitación, pero eso fue un error por su parte.

Andy se revolvió como una centella y le golpeó en la muñeca armada.

Duke se abalanzó sobre Andy pero Desty le apuntó al estómago.

—Quieto, Martin, o te la ganas.

Duke no tuvo más remedio que frenar en seco.

Andy golpeó a Úrsula en la cara lanzándola contra la pared.

—Maldita perra, querías ayudarles a escapar.

Duke apretó las quijadas por haber perdido un par de segundos en acometer a los dos asesinos. Ahora las cosas estaban como antes.

Andy volvió a golpear a Úrsula arrojándola al suelo.

Se oyeron pasos por el corredor y apareció Stanley Lawrence.

También él llevaba una pistola en la mano.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Andy le contestó señalando a Úrsula que estaba tendida, sollozando convulsivamente.

—Úrsula se llegó aquí con una pistola. Quería ayudar a los prisioneros.

—No es posible.

—Sí, jefe, como se lo digo. Nos apuntó por detrás. Menos mal que se decidió a entrar y pude desarmarla antes de que el vivales de Duke Martin se apoderase de una de nuestras pistolas. Las cosas se hubiesen puesto muy feas para nosotros, incluido usted...

Los ojos de Lawrence llamearon.

—Úrsula —dijo—. Levántate.

La rubia platino dejó de sollozar. Se incorporó con mucho esfuerzo y apoyóse en la pared.

—Mírame, Úrsula —dijo Lawrence plantándose delante de ella.

Úrsula lo miró.

—Conque me ibas a traicionar...

—Tú lo hiciste antes, Stanley. Supe desde hace un mes que habías dejado de quererme. Fue por culpa de Patricia, esa chica... Te enamoraste de ella.

—Muy bien, me enamoré de ella. ¿Y qué?

—No tienes derecho a abandonarme.

—¿Te juré acaso que te seguiría queriendo hasta la muerte?

—Prometiste que te casarías conmigo.

—¿Y qué culpa tengo yo si tú lo creíste?...

Úrsula respiró agitadamente.

—Eres un canalla, como dijo Martin.

Lawrence la abofeteó con fuerza, pero esta vez Úrsula no llegó a caer gracias a que tenía detrás la pared.

—Eres una estúpida. Te habría dado una buena recompensa por haber estado tanto tiempo a mi lado, pero ahora lo echaste a perder, ¿lo oyes? Vas a tener el mismo final que ellos.

La joven agrandó los ojos asustada.

—No, Stanley, no puedes matarme.

—Debo liquidarte por mi propia seguridad.

—No has de temer nada de mí.

—Es demasiado tarde para que digas eso, Úrsula. Ya me has

demostrado de lo que serías capaz.

—Fue un mal pensamiento que tuve.

—Sí, admito que así fue, pero lo volverías a repetir.

—No, Stanley, te juro que no.

—En mi vida aprendí a jugar. Hombres como yo no pueden correr riesgos, y es lo que pasaría si te dejase con vida.

—No quiero morir, Stanley... ¡No quiero morir!

—Debiste pensarlo antes.

—Déjame que me marche... Me alejaré de ti, Stanley. No has de temer nada... Nadie conocerá tu secreto por mí... Te lo juro.

—Te he dicho ya mis motivos por los que no puedo arriesgarme, ¿lo entiendes, pequeña?... No he sido yo quien te ha condenado. Fuiste tú misma con tu estúpida resolución de ayudar a Martin y a su amigo.

—Úrsula —intervino Duke—. Puede estar tranquila con respecto a lo que hizo. Stanley habría terminado con usted de la misma forma, sin necesidad de que hubiese aparecido aquí con una pistola con ánimo de salvarnos. Lo único que ha hecho es brindarle un magnífico pretexto a él para que adelante su ejecución.

Andy estaba apuntando a Duke en la cabeza y arqueó el dedo en el gatillo.

—¿Disparo ya, señor Lawrence?

Stanley estaba observando a Duke, los labios curvados en una expresión de sadismo.

—No, Andy.

—Si lo prefiere, le puedo meter una bala en la barriga. Así tendrá una larga agonía...

—Tampoco eso sería digno de Duke Martin... Su atrevimiento merece algo mejor y ya se me está ocurriendo.

En aquel momento apareció el hombre robusto.

—Señor Lawrence, acaba de llegar su visitante.

Stanley sacudió la cabeza.

—Está bien, ahora voy —miró a Duke—. Aplazaremos la ejecución por un rato —se dirigió a Andy y a Desty—: Tened los ojos bien abiertos.

—Descuide, señor Lawrence —contestó Andy—. Ninguno de ellos va a escapar. Cuando suba, los encontrará aquí.

Stanley Lawrence salió de la habitación.

CAPÍTULO X

Cuando el doctor Koch, alias Stanley Lawrence, hubo salido, Duke dijo:

—Ocupa mi cama, Úrsula.

—Soy yo el que da las órdenes —dijo Andy.

—Ella necesita el descanso más que yo.

—Úrsula se sentará en una silla y tú estarás en la cama, tendido como antes. Eres un tipo vivo. Piensas que podrás tener una oportunidad para lanzarte sobre nosotros, pero no tendrás ninguna si estás echado en la cama. Vamos, obedece.

Martin soltó unos juramentos, pero acabó por tenderse en el lecho.

Úrsula se sentó en una silla, y, tras un silencio, dijo:

—Debo deciros algo, Andy.

—¿Qué cosa?

—Martin tiene razón.

—¿En qué tiene razón Duke?

—Stanley es un sádico criminal... Acabará con todos vosotros cuando no le hagáis falta. Fue el propio Stanley quien lo dijo hace un momento. No puede correr ningún riesgo innecesario y vosotros seréis un peligro para él, porque conocéis su historial.

Desty intervino:

—Eh, Andy, la chica no dice ninguna tontería.

—¿Es que le vas a hacer caso a ella? Sólo está repitiendo lo que dijo Duke Martin.

—Pero parece sensato.

—No lo es. Hay una pequeña diferencia, que nosotros estamos a sueldo de Lawrence...

—Pero un día no le haremos falta.

—Te equivocas, Desty. ¿Sabes quién es el visitante de Stanley?

—¿Quién?

—El doctor Schneider, el jefe de Lawrence en aquel campo de concentración.

—¿A qué vino?

—El doctor Schneider, el jefe de Lawrence en aquel Se trata de distribución de drogas. ¿Te das cuenta? Schneider y Stanley Lawrence van a formar sociedad. Lawrence aprovechará la red que ha hecho por todos los Estados de la Unión con motivo de su concurso. Está dando los últimos toques al negocio. Ahora están celebrando la última conversación...

—Caramba, eso me gusta.

—¿Te das cuenta ahora de que no nos puede pasar nada? El señor Lawrence nos necesita más que nunca, porque somos personas en las que él confía. Hemos trabajado mucho tiempo para él como guardaespaldas suyos. Durante estos últimos años nos hemos encargado de que nadie lo molestase por su pasado...

Duke Martin intervino:

—Quizá quiera empezar una vida nueva con hombres nuevos y, en ese caso, vosotros sois un estorbo para él.

—No, Martin. El señor Lawrence nos tiene confianza. Y ahora, punto en boca todo el mundo: Se acabó la charla.

Desty sacudió la cabeza.

—Me has convencido, Andy. No tenía por qué preocuparme. Ya estoy más tranquilo.

El tiempo se fue desgranando lentamente.

De pronto, Lou dijo:

—Me duele el estómago... —Quedó sentado en la cama apretándose los riñones—. Eh, oigan, necesito un doctor... Me encuentro muy mal... Juro que es cierto.

Andy se echó a reír.

—¿Viste algún payaso igual, Desty? El tipo se hace el enfermo.

—Con nosotros no le vale el truco. Yo lo puse en práctica un par de veces en la penitenciaría de Kansas City y tampoco me valió... Ese truco de ponerse enfermo ya no sirve para nada.

—Les digo que es verdad. Debo tener una perforación.

Andy se levantó y apuntó con la pistola a Lou.

—La perforación te la voy a hacer yo ahora mismo si no te pones

sano cuando termine de contar tres. ¡Uno!... ¡Dos!

Lou gritó:

—¡Ya estoy sano!

Se tendió en la cama mientras Andy y Desty reían.

Pasó más tiempo.

Por fin, la puerta se abrió dando paso a Stanley Lawrence. No venía solo. Le acompañaba un hombre que usaba gafas oscuras. Era alto, de cabello rubio, fornido.

—Éstos son, Ryan.

El hombre de las gafas oscuras miró a Lou Bates y luego a Duke Martin.

—Celebro que no hayas acabado con ellos.

Lou se frotó las manos sonriendo.

—¿Lo has oído, Duke? Nos van a dejar en libertad. El señor Ryan es un hombre comprensivo.

Ryan sonrió mostrando unos dientes blancos, parejos.

—No dije que los dejasen en libertad... Sólo me alegré de que estuviesen vivos porque podré hacer un experimento especial con ustedes. Hasta ahora solamente lo hice con las ratas, pero me faltaban seres humanos para hacer la comprobación.

—¿Por qué no lo continúa haciendo con ellos? —dijo Lou—. Pero si quiere otra clase de animales, ahí tiene al señor Lawrence.

—No, Lou, te equivocas —habló Duke—. Si experimentase con el señor Lawrence, seguiría haciéndolo con ratas.

—No hace falta que me digas quién es cada cual, Stanley —sonrió Ryan—. Duke Martin es el que ha hecho la comparación desagradable acerca de ti.

—Sí, Ryan.

—¿Por qué le llama Ryan, Stanley? —dijo Duke—. Llámelo por su verdadero nombre. Es el doctor Schneider, el carnicero mayor de Mathausen.

—¿Quién se lo ha dicho? —dijo Ryan.

—No he sido yo —contestó Lawrence—. Seguro que se lo dijo alguno de los muchachos.

—Fue cosa mía —rezongó Andy—, pero espero que no le haya molestado, señor Ryan, al fin y al cabo, es algo que no tiene importancia.

Lawrence le pegó un puñetazo en la cara y Andy retrocedió

tambaleándose.

—Estúpido, soy yo quien decide lo que tiene importancia o no la tiene.

—Déjalo, Lawrence —dijo Ryan—, y vayamos a lo más importante, al experimento.

Levantó la mano izquierda y mostró un maletín negro.

Lou dio un respingo.

—Eh, no quiero que me inyecte, veterinario.

—Andy, Desty —dijo sucesivamente Lawrence—. Apuntaréis con la pistola a los prisioneros, y, si no se están quietos, dispararéis sobre ellos. Primero a las piernas para dejarlos inmóviles.

Andy y Desty asintieron.

Schneider entró en la estancia y colocó el maletín en una silla.

Entonces se dio cuenta de la presencia de Úrsula, que hasta entonces había escapado de su campo visual.

—No sabía que también había una prisionera. ¿Quién es ella, Stanley?

—Es Úrsula.

—¿Y quién es Úrsula?

—Yo le contestaré, doctor Schneider —dijo la rubia platino—. Soy la mujer con la que Lawrence ha vivido durante los últimos cinco años.

—¿Es eso verdad, Stanley?

—Sí.

Úrsula sonrió con amargura diciendo:

—Ya se cansó de mí y por eso decidió liquidarme, lo mismo que a los otros prisioneros.

Lawrence exclamó:

—No la creas, Ryan. La sentencié porque se llegó a esta habitación con una pistola. Quería libertar a los prisioneros. Si lo hubiese logrado, a estas horas yo podía estar muerto.

—No hace falta que me explique más. Vi a la otra chica abajo. Fueron los celos, ¿verdad?

—Exactamente —cabeceó Lawrence.

—Hiciste una buena sustitución. Te felicito, Stanley. Si me diesen a elegir entre Úrsula y Patricia, yo también me quedaría con Patricia.

La rubia platino se indignó otra vez.

—Usted es otro miserable como Lawrence... Me dan asco. Son como animales. Piensan que pueden tener a una mujer durante algún tiempo y prescindir de ella como de un objeto usado.

—Stanley —dijo el doctor Schneider—. Tienes cuanto yo hubiese podido desear. Si me hubieran dado a elegir, habría pedido dos hombres y una mujer para hacer mi experimento. Y es justo lo que tú me ofreces.

Duke habló lleno de ira.

—Déjenla a ella quieta. Si quiere experimentar con nosotros, puede hacerlo, pero no tiene ningún derecho a darle a ella ese final... Lawrence, recuerde lo que esta mujer ha sido para usted durante los cinco últimos años.

—¿Qué importa que acabe de una forma u otra?... —contestó Stanley—. Tengo que prescindir de Úrsula, y si puede rendir un servicio a la ciencia, ése será su mérito, quizá el único de su vida.

—¿Y tienen el cinismo de hablar del servicio a la ciencia? —repuso Martin—. ¿También se servían a la ciencia en Mathausen cuando exterminaban a los prisioneros por miles?

El doctor Schneider chascó la lengua.

—Mire, Martin, tenemos distinta opinión a ese respecto. Debo decirle que en Mathausen hice experimentos realmente interesantes... Ustedes, los profanos, dicen con frecuencia que la medicina está en pañales. Se equivocan. En Mathausen y otros campos de prisioneros, la medicina llegó a su más alto grado. Sí, le aseguro que hoy yo podría realizar operaciones en el quirófano que dejarían estupefactos a mis colegas americanos. Y eso lo logré gracias a nuestras supuestas víctimas.

—¿Cuánto necesitó para perfeccionar uno de esos procedimientos quirúrgicos? ¿Cuántas víctimas se le quedaron en la mesa de operaciones?

—Admito que murieron muchas personas, especialmente cuando las operaba del cerebro, pero valió la pena porque los resultados fueron de lo más óptimos.

—Habla de seres humanos como de ratas.

—Para un verdadero hombre de ciencia es absolutamente lo mismo. Pero ya que se ha referido a ello le voy a conceder una oportunidad para que se convenza. Haré el primer experimento con Úrsula. Usted mismo reconocerá que mis principios tienen más

valor que los suyos.

—No, doctor Schneider, no hace falta que me convenza.

—Usted lo ha hecho necesario, señor Martin... Sus palabras me han hecho el efecto de un reto y yo siempre he aceptado los desafíos.

—¿Todos, doctor Schneider?... Permítame que lo corrija. No los aceptó todos desde el momento que huyó del campo de prisioneros de Mathausen cuando se acercaban los hombres que podían haberle exigido una responsabilidad para sus crímenes.

—No fueron crímenes, señor Martin. Siempre ha sido necesario que muchos mueran para que supervivan unos pocos.

—Hermoso principio. ¿Y cómo establece usted la separación entre los que han de vivir y los que han de morir?

—¿Qué importa eso?... Mueren aquéllos a quienes las circunstancias de la vida los empujan a la fosa. Yo no condené a ninguno de los prisioneros de Mathausen.

—Oh, no, claro, había otros que pensaban como usted y que les proporcionaban la materia prima, los cobayas que usted necesitaba para experimentar.

—Ya basta, señor Martin. Si lo que pretende es que el tiempo transcurra, a la espera de una probabilidad de escapar, he dejado de seguir su juego. Soy yo el que manda y lo quiera o no, voy a experimentar con Úrsula. Usted ha negado el rigor científico de mis trabajos y quiero que sea un testigo de excepción. Con sus propios ojos comprobará que, a veces, es necesaria la inmolación de un ser humano.

—No, doctor Schneider. Nunca admitiré eso.

—Stanley —exclamó Schneider.

—Dime, Ryan.

—Quiero que sujeten a la paciente.

—Espere un momento doctor Schneider —dijo Duke—. ¿Qué va hacer con ella?

—Anular su voluntad de tal forma que se convertirá en un robot, en un animal que sólo obedecerá mis órdenes.

—No puede hacer eso.

—No quiero oírle hablar de nuevo, Duke.

Úrsula dijo:

—No hace falta que me sujeten. Puede inyectarme, doctor

Schneider. Mi situación no cambiará. Durante cinco años obedecí ciegamente a Lawrence. ¿Qué importa que obedezca ahora a otro?

—Celebro que sea tan comprensiva —dijo el doctor Schneider.

Abrió el maletín y extrajo una aguja hipodérmica. Manejó una ampolla y poco después estaba listo para inyectar.

Se acercó a Úrsula y frotó con un algodón impregnado en alcohol el lugar del brazo donde iba a clavar la aguja.

Duke Martin pensó, que, mientras el doctor Schneider ponía la inyección a Úrsula, sería el momento para que él y Lou saltasen de la cama.

Pero Andy había sufrido una reprimenda de sus jefes y quizá estaba ansioso por recuperar un poco de prestigio.

Dejó de prestar atención a la hermosa Úrsula, y vigiló a los dos prisioneros con el dedo en el gatillo.

Úrsula se estremeció visiblemente cuando el doctor clavó la aguja en su carne.

Schneider introdujo en aquel cuerpo perfecto la carga. Luego frotó otra vez el algodón en el brazo, y se retiró dos pasos.

—¿En cuánto tiempo hace efecto? —preguntó Lawrence.

—Bastarán unos minutos, tres o cuatro.

Úrsula cerró los ojos y se llevó la mano a la cabeza, como si se encontrase súbitamente mareada.

De pronto empezó a hablar.

—¿Dónde estoy?... ¿Por qué se mueve esta casa?... Corremos por el espacio... Nos estamos apartando de la tierra...

El doctor Schneider hizo chascar los dedos ante la cara de Úrsula. Ella abrió los ojos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Schneider.

—No lo sé...

—¿Te recuerda a alguien el nombre de Úrsula?

—No...

—Yo soy el doctor Schneider a quien vas a obedecer a partir de ahora.

—Obedeceré al doctor Schneider.

—Nunca habrá nadie que pueda romper los lazos que te unen a mí.

—Obedeceré al doctor Schneider...

El doctor se volvió hacia Duke.

—¿Qué dice ahora, señor Martin?

—No soy especialista, pero tampoco un ignorante. Sé que se han conseguido adelantos revolucionarios con las drogas que sirven para anular la voluntad. Al parecer, eso es lo más interesante para muchos investigadores... Para todos los de su calaña, doctor Schneider. Usted debe lamentar mucho no haber descubierto esa droga cuando trabajaba para los nazis...

—Si yo hubiese descubierto esto, habríamos ganado la guerra.

—No lo creo.

—¿Sabe cuál habría sido mi plan? Hubiese arrojado a miles de agentes en el campo enemigo, hombres y mujeres que habrían cumplido tajantemente nuestras órdenes... Pero no quiero discutir con su compañero... Úrsula lo va a matar.

—De modo que ella va a ser mi verdugo.

—Lawrence, dale a Úrsula una pistola.

Stanley sacó un arma y la alargó a la rubia platino, la cual la atrapó con la diestra.

El doctor Schneider miró fijamente a los ojos de Úrsula.

—Odias a un hombre por encima de todas las cosas... Está aquí en esta habitación. Yo te señalaré quién es... Vas a disparar sobre él tres balas...

De repente Úrsula hizo fuego, una, dos, tres veces.

Las tres balas se enterraron en un mismo cuerpo.

Stanley Lawrence se estremeció, retrocediendo y lanzando aullidos.

Sobrevinieron unos segundos de desconcierto.

Pero Duke y Lou fueron los únicos que conservaron el dominio de sí mismo. Saltaron de las camas como impulsados por el mismo resorte.

Andy disparó la pistola, pero lo hizo a destiempo y la bala sólo hizo un desconchado en la pared.

Duke pegó un mazazo en la cabeza de Desty.

Los dos esbirros se desvanecieron.

El doctor Schneider soltó un gruñido y exhibió una pistola en su mano.

Duke ya había atrapado el arma de Andy, que éste había dejado caer.

Disparó en mala posición, pero repetidas veces.

El doctor Schneider fue alcanzado en el pecho y en el estómago. Tropezó con el cuerpo del doctor Koch, alias Stanley Lawrence, y él también se derrumbó.

En el suelo gritó:

—¡Mátalo, te lo ordeno!... ¡Mátalo!... —Estaba dando la orden a Úrsula y quería que ésta disparase sobre Duke.

Úrsula movió la pistola para disparar contra Duke, pero éste se levantó rápidamente y la atrapó por la muñeca armada.

Úrsula echó fuego por los ojos e hizo rechinar los dientes.

Duke se asombró de que ella pudiese tener tanta fuerza.

Le gritó:

—¡Úrsula! ¡No puedes obedecerle! ¡Es un criminal! ¡Inyectó!...

El doctor Schneider sonrió arrojando una bocanada de sangre.

—No puede con ella, Duke... Es mi esclava... Tendrá que matarla... Ande, conviértase en un asesino... Tendrá que hacerlo, para evitar que ella lo mate...

Duke estaba haciendo uso de todas sus energías.

Lou estaba también perplejo.

—Ahora voy a echarle una mano, Duke.

De pronto, la joven cedió en su forcejeo. Se quedó inmóvil, relajada, y la pistola cayó al suelo.

—Eh, Duke —dijo Lou—. ¿Qué le ha pasado?

Martin soltó a Úrsula y miró a Schneider.

—Ahí tienes la respuesta, muchacho. El doctor ha muerto y con eso acabó la influencia que ejercía sobre Úrsula...

Se oyeron pasos precipitados en la escalera. Lou se puso junto a la puerta y, cuando entró el robusto, lo golpeó en el cuello.

Éste tuvo bastante para quedar inconsciente.

—Ve por nuestra hermosa cantante, Lou, y yo telefonearé a la policía.

—Demonios, cuando el teniente Hunter y el sargento Flagg vengan por aquí, ya sé lo que van a decir.

* * *

—¡Infiernos! —exclamó el sargento Flagg—. Cuando ustedes se meten en un asunto, ya puede apostar uno a que verá unos cuantos muertos.

—Pero lo importante es que se ha hecho justicia, sargento —repuso Duke—. Según me acaba de decir el teniente Hunter, Desty ha confesado que él y Andy tripulaban el auto que atropelló a Norman Byrnes.

—Esta vez hicieron un buen trabajo. Acabaron con dos criminales de guerra.

Lou abrió los ojos asombrado porque no era frecuente que el sargento Flagg se considerase satisfecho con lo que ellos hacían.

—¿Qué le va a pasar a Patricia? —preguntó.

—No cometió ningún crimen, aunque estuvo a punto de hacerlo —repuso el teniente—. Desde luego será juzgada, pero imagino que los componentes masculinos del jurado, van a tener en cuenta su cara de ingenua y su hermosura para imponerle una pena leve. Pero se quedará sin Adams. También Tony Kerr salió escarmentado de todo esto, aunque ahora recuperará los derechos de su canción.

—Vámonos, Lou —dijo Duke—. Tenemos trabajo.

El teniente Hunter los apuntó con un dedo.

—¡Eh, escuchen esto! ¡No quiero verlos metidos en otro jaleo que tenga relación con la Brigada de Homicidios!

—Claro que no, sargento —contestó Duke—. Lou y yo nos tomaremos unas vacaciones.

Minutos más tarde, entraban en el despacho del Agente de Asuntos Varios.

Patrick Furness dio un respingo al verlos.

—Patrick —dijo Duke—. La policía quiere saber a quién encargó Norman Bryner sus papeles falsos para salir del país.

Patrick se apresuró a sacar el fajo de billetes y, con aire triste, despellejó unos cuantos.

—Ahí tienes doscientos por cerrar la boca.

—Que sean quinientos y seremos una tumba.

—¡Maldita sea! ¿Quién es el jefe aquí? ¿Quién?... —se quejó Patrick pero dejó en la mesa los otros trescientos dólares.

Duke estaba guardando el dinero cuando se abrió la puerta, y entró una joven de una gran belleza, de cabello rojizo.

En su rostro parecía existir una gran preocupación.

—Necesito un hombre inmediatamente —dijo.

Duke demostró ser el que poseía más reflejos.

Se acercó a la joven.

—Aquí me tiene, preciosidad.

—¿Está dispuesto a venir conmigo?

—Hasta el fin del mundo.

—Dese prisa. No quiero llegar tarde.

—¿A dónde vamos?

—Al entierro de mi marido...

—Le acompaño en el sentimiento.

—No diga tonterías. Lo quiero contratar para que, ante los invitados al funeral, abra el ataúd.

—¿Qué?

—Estoy segura de que en ese ataúd no está mi marido. Pero quiero que usted lo verifique... A propósito... Soy la señora Doris Dalton... No me diga su nombre, ya me lo dirá por el camino... ¡No podemos demorarnos!...^[1].

La pelirroja y Duke salieron de la oficina, y Lou y Furness seguían con la boca abierta.

Patrick Furness gimió.

—Demonios, siempre Duke se lleva las mejores mujeres. ¡Y esta vez también tuvo que ocurrir!

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).

Notas

[1] (N. del E.). Próxima aventura de Duke Martin y Lou Bates, del mismo autor, que esta Editorial publicará con el título: Yo llenaré ese ataúd. < <